

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 490.

## SUMARIO.

Guerra de América; grabado. — La gravedad. — Algunas consideraciones meteorológicas sobre el rayo. — Fiesta nocturna dada en el Gran Trianon; grabado. — Maniobras de los voluntarios ingleses en Brighton; grabados. — Revista de Paris. — Historia inverosímil. — Las obras del canal de Suez; grabado. — Viaje del rey de Italia; grabado. — Dos hermanos rivales. — El museo Campana; grabados. — Las industrias de la cuenca del Loira; grabados. — Revista de la moda. — Adios á... — Preocupaciones gastronómicas. — M. Julio Beer; grabado. — La puerta de la ciudad romana de Perigueux; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## La gravedad.

DISPARATE HISTORICO, NATURALISTA, FILOSOFICO  
TRASCENDENTAL.

Las modistas podrán decir lo que se les antoje; los sastres podrán gritar todo lo que les dé la gana; pero lo cierto es, que en la época en que vivimos, lo único que está de moda es la « gravedad. »

La ley de la materia y las costumbres del asno son la única ley y costumbres á que la humanidad se sujeta hoy en su desenvolvimiento, y esto se verifica hasta tal

punto, que ya el que no es « hombre de peso, » es despreciado por sus semejantes, no tiene formalidad, ni cualidad buena maldita, y pertenece á una especie humana incapaz ¡miren ustedes qué defecto! de atar con ella dos ochavos de cominos.

Si yo no hubiese estudiado filosofía cosmopolita, y sobre todo, alemana, me encontraría ahora hecho un bobo, mirando con la boca abierta el tiempo y el espacio, sin saber jota del yo y del no yo, y por ende, sin poder encontrar, ni imaginar siquiera, por qué al prenderse fuego con el « fósforo » del progreso á la « yesca » de las « autonomías, » se desarrolló en el tiempo y en el espacio la « hoguera » de la civilizacion, produciendo el resplandor vivísimo de la historia filosófica, en la cual se



Guerra de América. — Toma de una batería confederada en la isla número 10 por un destacamento de tropas federales.

encuentran todas las causas determinantes de las ideas ó de los hechos que hoy « se metamorfosean » en la humanidad, y por consecuencia, del fenómeno que hoy yo quiero explicar á mis lectores.

— ¡Buenas cosas me explicará Vd. con esas retóricas! — Me dirá alguno de los que me lean; pero yo no tengo la culpa. El que no entienda de imágenes poéticas, ni de la aparición del abstracto en lo concreto, ni de materias cosmogónicas, ni sepa griego mejor que Aristóteles, renuncie á enterarse de todas estas sublimidades que expongo, pues aquel don Hermógenes de Moratin, que hablaba en griego para mayor claridad, logró por fin meterse á catedrático, y ha sacado una cría de griegos-españoles, que le dan ciento y raya á su mismo maestro. Yo, como discípulo de aquel, y mas que todo, como hombre grave, me atengo á mi griego, á mis imágenes y á mi gravedad, y se me da un ardite de que no me entiendan los ignorantes:

Que si el vulgo me paga, fuera injusto  
Hablarle claro para darle gusto.

Lo contrario de esto decía Lope, aunque con alguna menos gravedad; porque sepan ustedes que Lope, Cervantes, Quevedo y otros, que sabían griego y latin, las mas de las veces no tenían gravedad, y siempre hablaban en español puro y rancio. Eso sí, algunas veces se entregaban á la manía de los « hipogrifos violentos » y de imágenes por el estilo, cosa que los ignorantes de ahora llaman « defectos », y que entre los sabios contemporáneos no son mas que « excesos » de tomo y lomo.

Pero veo con gran disgusto que voy perdiendo mi gravedad, sin acordarme del objeto de mi artículo.

La gravedad, decía yo, es la única moda que en estos tiempos existe, y añadía que, si mis estudios filosóficos no me hubiesen puesto en aptitud para ello, no podría encontrar el « busilis » ó la causa determinante de esta comezon de seriedad que hoy á todos nos domina. Ahora bien: ¿saben mis lectores qué es gravedad? Supongo que sí; pero por « si forte » voy á explicarlo, y esta es otra de las costumbres de hoy: encajarle á un hombre, que quiera que no, un discurso largo, muy largo, para venirle á probar por qué Adán se tapó con la hoja de higuera, ó por qué Sanson perdía la fuerza cuando algun peluquero le arreglaba « la chevelure », según la última moda adoptada para los quintos, deduciendo de todo esto, con gran admiración de los oyentes, que Noé se subió á la parrá como Adán, ó que Confucio, al revés de Sanson, como buen chino, no tenía pelo de tonto.

Hacer todo esto sin gravedad, es exponerse á un desaguado; y como yo soy hombre grave y sin pizca de informalidad, voy á entrar en materia.

La gravedad es, ó científica ó social. La primera la descubrió Newton, al mismo tiempo que un chichon producido por la manzana que le puso en autos de la tal ley. La segunda la he descubierto yo. Data del Génesis, y es anterior al hombre.

Sí, queridos lectores, esa gravedad, que es hoy la patente para todas las reputaciones, para todas las fortunas, para todas las grandezas, es la última prenda que el animal mas útil para el hombre le ha regalado últimamente, no sin decir al desprenderse de ella: — « De la boca te lo quitarán tus hijos. » — Frase sublime, digna de ese cuadrúpedo tan bueno, tan leal, tan modesto, tan señor, tan resignado.

El asno, sí, señores; el asno, imagen viva de esos hombres débiles que á todo se prestan, ha sido el que ha sacado siempre á la humanidad de todos sus apuros. Bueno hasta el milagro, infame hasta la sublimidad, el asno ha sido siempre el que mas servicios ha prestado á nuestros semejantes, aunque en honor suyo debo declarar, que casi siempre que el hombre ha utilizado al asno para cometer algun crimen, ha sido por haberle encontrado muerto.

El cuerpo del delito que por primera vez manchó la tierra, fué el de un asno, ó lo que es lo mismo, una quijada suya.

Otra quijada de este animal, en manos de Sanson, derrotó á los filisteos; otra aplacó la sed de los judíos, y otro asno, asno venerable, fué el destinado á conducir á Egipto á la purísima Virgen, mientras otro llevó á su Santísimo Hijo á Jerusalem el glorioso día de su triunfo.

La humanidad es avara de sacar el jugo á todas las cosas. Desde el limon que aprieta entre sus manos arrojando seca la cáscara, hasta la vida, que derrocha en obsequio de la muerte, todo lo apura con avaricia.

Cuando las naciones eran materialistas, el hombre solo explotaba la materia. El asno, entre otros muchos animales, fué sacrificado al hombre, y Lope de Vega en su « Dorotea » (golpe de erudicion), podrá mejor que yo mostraros las excelencias de tal cuadrúpedo, su alteza real y positiva entre los judíos, y su decadencia triste y desgarradora en los tiempos en que él escribiera indignado su honrada apología.

Después de haber servido el asno para conducir á los supremos sacerdotes de Jerusalem, pasó á servicio de los iguales á Sancho Panza, siendo en todas estas variaciones la viva imagen de aquel varon de Horacio, al que

Si fractus illabatur orbis,  
Impavidum ferient ruinae.

En « esta evolucion del tiempo, » la escuela materialista domina en todas partes de la historia, y se ve al hombre utilizando al asno, ya como materia productiva, empleando su piel en tambores ó pergaminos, y sus huesos para hacer botones de calzoncillos ó fósforo para cerillas de á dos cuartos.

Pero de pronto el hombre se hace pensador y filósofo. Aplica su filosofía á todas las cosas, y por tanto á la historia natural.

En el « desenvolvimiento analítico » de esta ciencia encontraron los hombres fenómenos que merecieron observarse, y entre ellos esa dignidad espartana, *ese robur et æs triplex* con que el asno, pasados los días de su tierna infancia, reviste su pecho, atravesando incólume por entre todas las desgracias, todas las palizas y todos los trabajos, sin perder ni un momento su gravedad sublime. Al mismo tiempo se leían con ansia por todo el mundo civilizado las obras festivas, es decir, informales, de los autores de los siglos XVI y XVII, y la gravedad que comenzaba á apoderarse de los ánimos desde que Newton la descubrió, trató de dar á aquellas obras un « intringulis » de serio y trascendental, que hacia aparecer á Moliere como a un hipocondriaco disfrazado, y á Cervantes como al filósofo, médico, abogado, zapatero, cocinero, labrador, tinajero, naturalista, criminalista y sabijondo mas grande de sus tiempos.

Se inventaron los globos muy grandes y muy vanos; creó Lavater la fisonomía; Gall la frenología; se averiguó el peso de todos los cuerpos; el hombre se hizo « hombre de peso » y adquirió mas gravedad especifica de la que tenia; se estiró, ahuecó la voz; los pantalones, el sombrero, todo lo hizo de mucho bulto; creóse la diplomacia, y el asno se encontró con una porcion de « graves » por las calles, admirándose de que á él, tan grave desde el principio del orbe, nadie le hubiese tenido por animal, ni profundo diplomático, ni filósofo alemán por lo menos.

Añadióse á esto la falta de manicomios ó casa de locos. Algunos locos de atar se entregaron á sus « especulaciones, » y mientras unos afirmaban muy serios que nada de lo existente existía, otro, de diferente barrio, afirmaba que fuera de los adoquines, de las calabazas y del rostbeef, no habia mas que « éter; » éter que ni servia como el que se vende en las boticas para sacarle á uno de un desmayo.

Utilizada la gravedad imperturbable del asno por muchos discípulos de estos talentos extraviados, se necesitó de un lenguaje que fuese tan ininteligible y tan grave como un rebuzno, y en el fondo de las bibliotecas se encontraron los catecúmenos un idioma bellísimo, pero que nadie entendía, y que estaba construido con muchas vocales y diptongos, lo cual daba cierta gravedad á la palabra. Armóse un batiburrillo de voces infernales, y los hombres de talento que saben decir las cosas técnicamente ó á la pata la lana, según con quien hablen, dieron á los tontos graves la manera de echárselas de sabijondos trascendentales y despreciadores del pobre mortal que á Dios le llama Dios, al alma alma, al pan pan, y al vino vino.

De todo esto ha resultado... la moda de la gravedad; aun mas exagerada que la que tiene el asno, pues los padres de esta familia no han llegado á prohibir á sus pequeñuelos que retocen y salten todo lo que les dé la gana, hasta tanto que el primer palo del arriero les inocula para siempre su imperturbable gravedad; mientras que los imitadores de aquellos, como todos los imitadores, sacando las cosas de quicio, apenas ven un jóven dar un brinco ó soltar una expansiva carcajada, exclaman con voz de tinaja del Toboso:

— Mira, chico, ten gravedad, que si no eres « hombre de peso, » nunca llegarás á ser nada.

Pero lo peor no es que tal suceda, sino que el contagio haya cundido de tal modo, que ya, si se quiere ser hombre importante, saber medicina, matemáticas, leyes ú otra cualquiera ciencia, es preciso no sonreír al tomar el pulso, aunque sea porque se va á salvar al enfermo; es horrible resolver un problema riéndose; no hay porvenir si al entrar en la audiencia se embroma á un amigo, ni podrá nadie servir para ningun trabajo serio en experimentando la desgracia de tener cosquillas.

Pero si al contrario, es uno algo velludo, alto, un poco entrado en carnes, mal encarado, de color cetrino, filósofo alemán, erudito á la violeta, pausado en el andar, voz algo ronca, « subjetivo » y « objetivo » siempre que hable, tranquilo para defender cualquier absurdo, pausado y filosóficamente, ¿á qué se quiere más vida? De aquel á quien tal suceda será el oro y el moro, sobre todo si tiene bastante valor para dar una estocada al primero que no le llame don ó señor, ó se atreva á tutearle. ¿Y si todo esto lo puede conseguir á los quince años? ¡Ahí es un grano de anís el porvenir que al chico se le prepara!

Fulano, suponiendo que se llame así, será deseado por todos los autores de días para consorte de sus niñas, será citado como modelo de formalidad, todos entrarán en negocios con él; si se acerca á un ministro, ¿qué no ha de hacer este en obsequio de chico tan serio, que sabe esas cosas tan profundas, y sobre todo, que no es un tarambana como aquel fulanillo, su condiscipulo, que siempre estuvo en la escuela delante de él, que sacó las primeras notas en su carrera, que nunca ha faltado á su obligacion; pero que es tan niño, tan alegre de caseos, tan enemigo de la filosofía á la moda, no de la de Balmes, Valdegamas ó Rivero, y sobre todo, que siempre anda diciendo cosas que comprometen la gravedad de cualquiera, porque ¡horror! hacen reír... ¡Consecuencia! ¿Fulano no se rie? ¡pues sirve de mucho! ¿Fulanillo se rie? pues no sirve de nada, y... punto redondo.

Segurísimo estoy de que el lector, al pasar la vista por estos renglones, retirará la cabeza indignado, rompiendo lanzas por la sociedad á quien se ultraja, llamando inverosímil á todo lo que antecede.

A propósito de inverosimilitudes, ninguna me ha he-

cho mas gracia, que aquella con que termina uno de los actos de *Folies dramatiques*, comedia francesa que se burla de muchas cosas graves.

En esta comedia un padre reconoce de pronto á su hijo, y después que cae el telon, dos espectadores comienzan de un palco á otro á censurar lo inverosímil que es el reconocimiento de la tal comedia.

Pero ¡oh sorpresa! En el instante en que mas quitan el pellejo al autor de la obra, resulta que el crítico mas viejo es padre del mas jóven, terminando la inverosimilitud del reconocimiento de la comedia por un sentimental abrazo que los dos Aristarcos se dan al reconocerse como padre é hijo.

Ahora bien: ándese el lector con tiempo en negarme la influencia moral de la gravedad del asno en la sociedad presente, no sea que al censurar mi exageracion, se le ponga delante la prueba real de mis observaciones.

Así como los monumentos son la historia de las civilizaciones, el diccionario es la piedra donde cada generacion escribe al pasar una ó varias frases que la retratan á lo vivo.

No voy á ocuparme de todas las frases que retratan la sociedad presente; pero hay algunas, que prueban hasta la evidencia esa gravedad naturalista de que me ocupo.

¿Qué significa, si no, aquello de « Fulano no tiene hechura, » como si Fulano fuese una levita? Significa, si del tal Fulano se habla como de aspirante á ministro, que á pesar de que tiene y le sobran todas las cualidades para el caso, le falta, no el talento, no la instruccion, no las dotes de gobierno, sino la *hechura* de ministro, es decir, aquella gravedad que se adquiere después de haberlo sido; argumento igual al que se emplease, si queriendo yo hacer una levita de una pieza de paño, me saliesen con el grave inconveniente de que la pieza no tenia hechura de levita. Y como quiera que la gravedad, propia de una posicion futura, solo se puede tener por imitacion ó postiza, y como quiera que yo no veo mas fuente de gravedad imitable que el asno, deduzco yo, que el asno es el prototipo de tantos figurines de gravedad.

Además, lectores, es muy triste que, porque uno sepa historia de la filosofía, ó el volumen de la esfera, ó la nomenclatura química de Berzelius, ó sea proteccionista en economia, ó doctor en administracion, ande por ahí poniendo cara de palo á todo el mundo, solo para tener, andando el tiempo, *hechura* de hombre serio, pensador y venerando.

Ni Richelieu dejó de ser gran hombre, porque se dejase dominar por el amor, hasta el punto de bailar la zarabanda, ni el tal exceso le quitó la *hechura* de ministro de Luis XIII.

Pero ¿qué quieren Vds? Desde que las mujeres se han vuelto literatas y los españoles filósofos alemanes, no hay mas remedio que ser hombre grave, so pena de quedar sin *hechura* para maldita la cosa.

Ruede la bola, pues. De hoy mas, el que abrigue una chispa de ambicion, tome cloroformo para no sentir cosquillas, y búsquese un dolor de costado ó un temperamento linfático-bilioso para no perder su gravedad.

De conseguir tal cosa á ser semi-dios, no hay dos líneas. ¡Es probado!

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

### Algunas consideraciones meteorológicas sobre el rayo.

En la superficie de la tierra, bien esté cubierta por las aguas de los mares, ó ya se presenten en ella levantadas las grandes cordilleras de montañas, cuyos angostos valles se abren y ensanchan poco á poco, dando paso y formando primero los cauces de los torrentes y después los de los rios de veloz marcha ó mansa corriente; desde todos estos lugares los hombres han observado en cien épocas distintas que en el aire, y á moderada altura, aparecen de tiempo en tiempo ciertos hechos naturales. Algunos de estos siempre han sorprendido y sorprenden por la belleza vivísima de los colores con que la naturaleza traza, dibuja y pinta la maravilla de los arcos, cereos y bandas de los iris. Otros hay que mas que sorpresa, mantienen y provocan en el espíritu de los hombres la calma y la esperanza con la seguridad de la próxima llegada de un nuevo sol para su existencia, anunciado por la tibia luz y la tranquilidad que en el aire reina muchas veces en torno de los crepúsculos de la aurora, mientras que una especie de tristeza apenas perceptible y vago temor, asaltan al alma con la llegada y vista de la faja crepuscular, y en pleno crepúsculo de la noche. La atmósfera de la noche tiene y tendrá, sin embargo de la oscuridad, sus bellezas propias, entre las cuales, tan admirables como los arcos iris, se cuentan la luminosidad zodiacal que se nota en todo su esplendor en las regiones mas cálidas de la tierra, y la radiante y vivísima de las auroras polares, que según algunos, son los restos que todavía quedan á la tierra de lo que pudo ser su luz propia en el momento mismo de uno de los poderosos y omnipotentes *fiat* con que se principió la creacion del universo.

Las lluvias de gotas menudas; los temporales de agua y los grandes turbiones; la humedad recogida y liquidada en las gotas del rocío, ó bien endurecida en la escarcha, nieves y granizo; las nubes flotando en el espacio y presentando mil formas bizarras, ó bien cuando descienden hasta tocar en la superficie de la tierra cons-

tituyendo las nieblas, entre cuyos repliegues desaparecen ó no se perciben las imágenes, son otros tantos fenómenos físicos que pasan en la atmósfera de nuestro globo; pero el alma, con su vista, no siente grandes impresiones, y generalmente con tranquilidad los ve pasar y concluir.

En cambio de la indiferencia del espíritu de los hombres, que acompaña á la lluvia en su descenso, á las nubes y nieblas en su marcha y camino, y á los vientos mientras la velocidad de estos no pasa de ciertos límites, y formando contraste á aquella indiferencia y á la curiosidad con que siempre se admiran los fenómenos meteóricos de la luz, pasan algunas veces en la misma atmósfera otros fenómenos, durante los cuales se ve con terror en las alturas correr y descender hasta la tierra globos de fuego; en otros, rasgándose aparentemente el seno de las nubes con el brillo, resplandor y fulguración de cien relámpagos, dejaron escapar aquellas al rayo seguido de mas ó menos cerca por los redoblados truenos, cuyo ruido, si el alma estuvo previamente alumbrada por la claridad blanco-azulada de algun relámpago, tantas veces consternaron y tantas otras aterraron el corazón de los hombres que se precian de mas intrépidos.

El rayo en medio de la tempestad es pues entre todos los fenómenos atmosféricos aquel que cuando brilla ante la vista de los mortales, les manifiesta, mejor que ningún otro, de lo que es capaz la naturaleza condensando un fuego que los poetas llamaron del cielo, y que salta de las nubes, para que se tenga idea aproximada de la grandiosa majestad de las leyes que rigen al mundo físico en el orden natural.

Por este último motivo, y por la consternación ó terror que se siente ante el rayo, es por lo que en los tiempos antiguos como en los modernos los físicos, de su parte, y de otra las personas ilustradas por otros estudios, y el vulgo ó la generalidad en todas las edades, se han esforzado por saber la causa y conocer los efectos de aquel meteoro. Los físicos, en su estudio, han seguido un camino lleno de peligros; pero impulsados por el atrevimiento y la necesidad de la ciencia, que tambien obliga á empresas de valor, atrajeron hacia sí, realizando una fabula antigua, al rayo tan temido, para estudiarle al pasar entre sus propias manos; y cuando esto no fué suficiente, la ciencia penetró materialmente en lo mas sombrío de las nubes tempestuosas, para examinar en aquel lugar el modo como se elaboraba y la verdadera causa de un fuego que la generalidad llamó del cielo, explicándose con el solo auxilio de la imaginación; dándose lugar por esta sola causa á multitud de bizarrías y á las explicaciones fabulosas y supersticiosas que se idearon en lo antiguo con motivo del rayo, algunas de las cuales se conservan y guardan todavía como preciosas galas poéticas y atrevidos conceptos de fabulas modernas, sin hacerse cargo nuestras ilustraciones literarias, que les estan permitidas muchas libertades poéticas, siempre que no contribuyan á mantener la superstición antigua entre los hombres de la actualidad, á quienes conviene no extraviar, y si ilustrar con la verdad poética y con la realidad.

Los gramáticos y los oradores de todas las naciones y pueblos, tanto antiguos como modernos, han encontrado en la imagen del rayo y en el terror que le acompaña, motivo para pronunciar y escribir las frases poéticas de *los rayos de los dioses vengadores, el rayo terrible de la guerra, el rayo de la elocuencia, los rayos de la Iglesia*. En estas expresiones y otras muchas semejantes, podra ser innegable que exista la belleza gramatical, la del sentimiento y la de la fuerza; pero las ha faltado siempre las de la verdad, resultando de ello algunos abusos de las inteligencias poco ilustradas que las repetían ó escuchaban, sosteniéndose en las frases referidas ciertas supersticiones.

Si se busca la etimología y significado antiguo de la palabra *fulmen*, que es el rayo de los latinos, la encontrarán algunos en la expresión *cimbria fud*, que sencillamente significaba *calor* y *quemadura*, sirviendo para expresar dos sensaciones tan antiguas como el hombre mismo; pero de esta simplicidad de significado de una palabra que se aproxima a la realidad de lo que es y fué el rayo como fenómeno de la naturaleza, se apartó muy pronto la imaginación de los oradores, los cuales, abusando del sentido genuino de las mismas palabras que habian de manejar, y sin duda ante la necesidad de parecer elocuentes y por ello admirados, sin atender á otras consideraciones, atribuyeron con el rayo la venganza al Espíritu infinitamente bondadoso de la verdadera divinidad; venganza ó rayos que, continuando los poetas en su sueño, la preparaba Dios, mezclando, segun dice Virgilio, los terribles relámpagos, los ruidos mas espantosos, las ráfagas y vivisimas llamas, la cólera de Júpiter y el terror y asombro de los hombres; mientras que Servio, siguiendo otra opinion, aseguraba que los rayos vengadores de los dioses, segun la interpretación de los libros etruscos, consistían en la mezcla de tres partes de granizo, tres de lluvia, tres de fuego y tres de viento.

A aquellos meteoros, como expresión de la venganza y saña supuestas de la divinidad, les dieron los pintores y poetas la figura de una tea encendida por sus dos extremos, de dardo y de lanza, con las cuales estaba siempre armada la diestra de ciertas divinidades que se imaginaban antes de nuestra era. Muchos pueblos paganos creyeron que la facultad de manejar el rayo para la defensa, para las guerras y para las venganzas de los cielos, correspondía solo al mas poderoso de los dioses. Los etruscos, sin embargo, sostenían que además de Júpiter, poseían tan preciado privilegio Vulcano, que pre-

paraba y componía los rayos, y Minerva, que era la diosa del Saber. Stacio añadió que tambien Juno podía manejar para sus fines el fuego del cielo. La imagen del rayo fué pues, hace algunos siglos, uno de los medios que se emplearon para que los hombres temblasen ante la idea de divinidades, á las que los poetas se complacieron en presentar sañudas y vengativas contra la pobre y pequeña criatura humana; pero como los poetas antiguos muchas veces se contradijeron en ocasiones, hablando del rayo, en lugar de presentarnos á sus dioses fuertes y omnipotentes con la grandiosa majestad de su trono, sostenido en el terrible fuego del cielo, idearon ciertas fabulas desmoralizadoras, en las cuales Júpiter, el jefe y señor de todas las divinidades, lloró y se quejó porque vibrando un rayo de diez pies de largo contra la frente de Anaxágoras, que negaba la existencia de las divinidades paganas, Pericles cambió el camino que seguía la venganza referida, haciendo caer el fuego del cielo en uno de los templos de Castor y Polux, que se abrasó, quedando contra el mármol rota el arma destinada á dar la muerte al filósofo Anaxágoras.

No faltaron pueblos en la antigüedad que hicieron del rayo una divinidad igual en poder al que poseían todos los dioses, mientras que con mucha posterioridad y cerca de nuestros dias, los priscilianistas, secta religiosa, creyeron y sostuvieron, como resto de las antiguas ideas paganas, que el rayo era un fuego que partía de las manos del demonio; opinion y creencia condenada por los concilios con acierto y sabiduría, segun observa Muschembroek, por estar conforme á la razon y ciencias de su tiempo; y además, porque si á los antiguos paganos pudo convenirles esclavizar con el terror de sus fabulas referentes al rayo la inteligencia de los demás hombres, á estos, unidos por el cristianismo, ni les convenia aquel miedo á la venganza del verdadero cielo, y menos el del fuego, que en el orden natural no podia partir de los antros encadenados del infierno.

En el rayo los antiguos hallaron medios para representar á sus divinidades como mas convenia á su imaginación y tal vez á su estado social; pero no se contentaron con esto, valiéndose del mismo meteoro para enaltecer, hasta casi igualar, á ciertas individualidades humanas con los mas poderosos dioses, y esto con el objeto de que si las iras y los rayos de los últimos, que eran ficciones, se aplacaban con el temor de los mortales, la presencia real de los Alejandro antiguos y modernos, de los Numa, de los Césares y Augustos exigían una especie de temor análogo, y la sumisión ó esclavitud por parte de los pueblos, cuyas frentes, si debieron y debían estar permanentemente inclinadas hasta tocar en el suelo ante la idea, los dioses, segun la adulación y la bajeza, tambien debían estarlo ante la presencia de *los rayos de la política, de la elocuencia ó de la guerra*, títulos con los cuales la pobreza del débil y la esclavitud de muchos que se han eruido fuertes, engalanaron entre otros, con ciertos fines fáciles de adivinar, á Alejandro, poniendo en sus manos los rayos de Júpiter; á Porsena, Numa Pompilio y Tulio Hostilio, que se cuenta poseyeron la facultad de hacer que el fuego del cielo descendiese á la tierra previos ciertos sacrificios y pronunciando determinadas fórmulas secretas tan importantes, que segun dice Lucio Pison, el olvido involuntario de una costó la vida á Tulio en el acto de tomar ó que pretendía recoger el rayo de Júpiter.

El favor de los dioses contaban los antiguos que habia hecho descender y fijarse el fuego del cielo en las picas vigorosas de la quinta legión que mandaba César en la guerra de Africa; prodigio de que tambien se eruyó favorecido Postumio en las noches precedentes á su victoria contra los sabinos, y Belisario en la guerra contra los vándalos; pero en estas cuestiones de enaltecer con palabras pomposas y señales físicas los talentos políticos, los oratorios y los de la guerra y fortuna, los tiempos antiguos y los modernos se contradijeron tambien mil veces, habiendo resultado infinito número de fabulas, como la de los rayos que durante una tempestad cayeron al Oriente del ejército de Sila, siendo aquellos señal segura de la felicidad y fortuna de su jefe, mientras que los que cayeron en el campo de Craso, fueron considerados tristemente por los soldados como signo fatídico de la cólera de los dioses y de una próxima derrota.

Mucho mas de lo hasta aqui expuesto se podria decir y añadir sobre otras infinitas supersticiones, que correspondían á cada una de las diez y ocho especies ó variedades de rayos que creyeron los latinos existían entre los cielos y la tierra; pero no lo haremos, pues se prolongaría excesivamente este artículo, y además, porque si aquellas supersticiones y falsas creencias las mantuvieron y todavia pretenden sostenerlas con imágenes oratorias sobre el rayo los Virgilio, Perseo, Juvenales, Stacios y Varrones con el objeto positivo de adular á los unos y esclavizar á otros, fueron combatidas con vigor y singular atrevimiento hace cerca de diez y ocho siglos por el español Séneca, quien escribió en la época misma de la fabula antigua, que al fin tuvo la faz descubierta, y contra los mismos cuentos que en los modernos tiempos se ocultan y cuidadosamente se velan, « que era señal segura de la debilidad mas inconcebible del alma de los hombres dar su fe á semejantes bizarrías, é imaginarse que los Júpiter divinos y humanos lanzaban rayos destrozando en unas partes columnas, árboles y á sus propias estatuas; mientras que en otras, dejando impunes los sacrilegos, se entretenían en abrasar los altares sagrados y en destruir matando seres inocentes. »

Séneca, sin embargo, con esta elegante y atrevida sátira de la razon no se contentó, y para que el rayo no

fuese motivo en tiempo alguno de nuevas falsedades de la imaginación, dejó escrito el siguiente precepto de una importancia para las ciencias físicas, si cabe, tan grande como el anterior para las sociales diciéndonos « que la ciencia de los rayos debia dividirse en tres partes: la primera que consistía en observarlos, la segunda enseñaría á interpretarlos ó explicarlos, y la tercera á conjurarlos ó defenderse de sus peligrosos efectos. »

Tal fué el camino que trazó aquel filósofo á la ciencia, para que esta tuviese una idea exacta de lo que era el rayo como fenómeno natural; tal es tambien la marcha que se ha seguido en el estudio de aquel durante los últimos tiempos transcurridos, y adoptandola, nos sera fácil exponer con suma brevedad lo que es en realidad el tan temido rayo. Cuando este meteoro se ha de formar, segun lo que resulta de la observación de todos los tiempos y lugares, el cielo, que aparentemente esta sereno, se principia á cubrir, cambiándose con mas ó menos rapidez su pasado aspecto de serenidad por otro oscuro y sombrío. Tras de las nubes blancas se amontonan en el espacio otras densas y negras que parecen agitadas por el impulso de vientos encontrados; las hay que se atraen, y algunos momentos despues sensiblemente se repelen. En el seno de estas nubes sombrías es donde se oculta el rayo; pero antes de dejarle escapar se rasgan y entrecienden en todas direcciones con los relámpagos que iluminan y aclaran momentaneamente la sombra de la tempestad. Momentos despues, ya no son solo relámpagos, sino que además serpentean por los aires líneas y dardos de fuego. El ruido redoblado del trueno resuena por todas partes, y algunas veces la lluvia y el granizo se desprenden de nubes tan temidas. Por último, en medio de un relámpago y cuando los truenos se suceden casi sin intermisión, parte de las nubes ó se eleva de la tierra una ráfaga vivísima de fuego, que en su camino mata al pobre labrador, al viajero extraviado, á los animales domesticados y á las fieras huidas en alas del espanto; ó bien el rayo toca en los árboles y penetra en las torres y otros edificios de la industria humana, los cuales caen en ruinas instantaneamente, apareciendo además el espantoso incendio de las ruinas mismas, provocado en la tierra por el fuego del cielo.

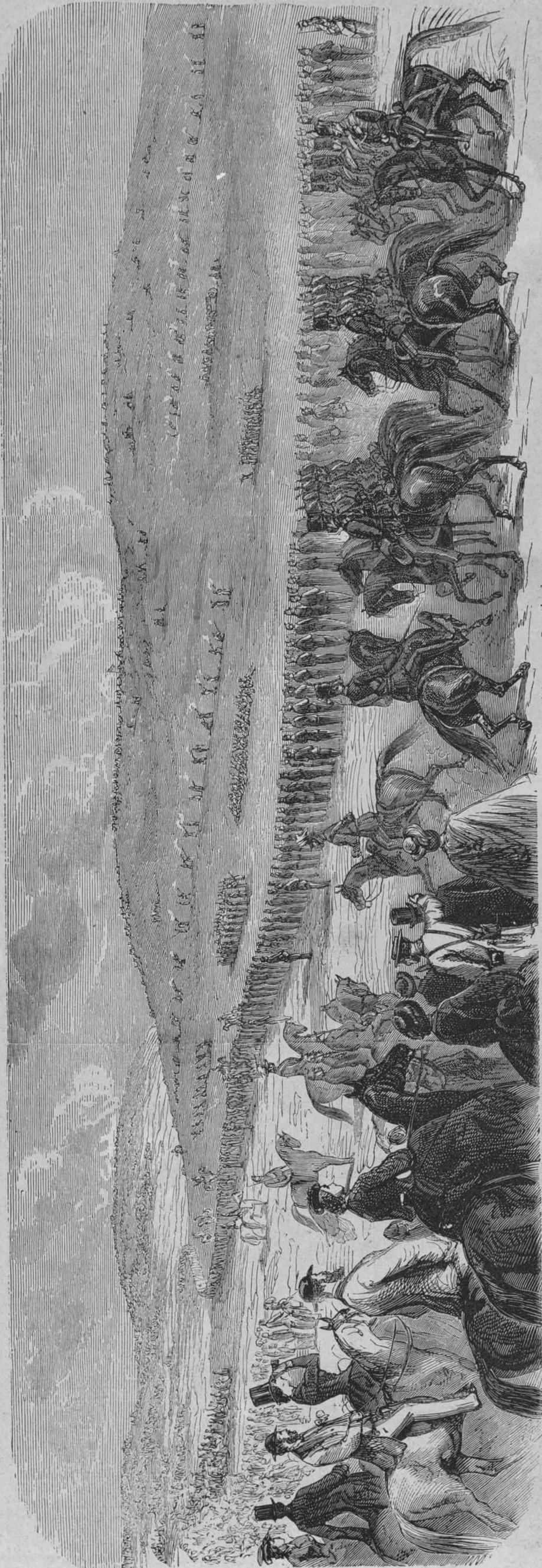
Hé aqui el rayo antiguo, el actual, y lo que será en el porvenir el mismo meteoro en el orden natural establecido, cuando se le estudia fundándose en las observaciones mas sencillas. Con relacion á la interpretación y explicación de la naturaleza de su fuego, llevamos dicho cuales eran los elementos poéticos que entraban en la composición de los rayos, segun nos la dió Virgilio, y cuales eran en la opinion materialista de los etruscos; posteriormente, y hasta muy cerca de nuestros dias, las opiniones sobre la naturaleza del rayo fueron tan extrañas é infundadas como aquellas; entre las cuales tuvo gran boga, y de ella se hizo mucho aprecio, la de que el referido fenómeno consistía en ciertas mezclas verificadas espontaneamente en medio de la atmósfera, de grandes cantidades de azufre y espíritus de nitro, sobre cuya opinion decia un célebre físico, que hubiera sido suficiente que alguno imaginase que en los rayos existía el carbon, para que la naturaleza en las nubes dispusiera de un grandioso laboratorio, y en las tempestades de un almacén de pólvora semejante á la que empleamos en la guerra.

Afortunadamente para la verdad científica, desde los primeros descubrimientos positivos del fluido eléctrico, se comenzaron á notar ciertas analogías entre los fenómenos del rayo y los que se producían con las experiencias de la electricidad. Estas analogías en un principio fueron vagas; pero hace cien años, Franklin en América, Dalibard en Francia, Richman en Rusia, y otros muchos físicos en Italia, Inglaterra y Alemania demostraron directamente con experiencias, que aquellas antiguas analogías eran debidas á la identidad absoluta que existía entre la causa del rayo de la atmósfera y el fluido eléctrico que producía chispas, ráfagas, luminosidad y sacudidas en los seres animales cuando se les excitaba artificialmente en las maquinas, que los referidos físicos conocían bajo el nombre de eléctricas, con las cuales, si por una parte perdió el rayo su poesia antigua y su composición alquimista, en cambio alcanzaron los hombres el conocimiento exacto de la realidad del meteoro referido, resolviendo la segunda parte de la ciencia del fuego celeste, tal como la señaló en su precepto el ilustrado Séneca.

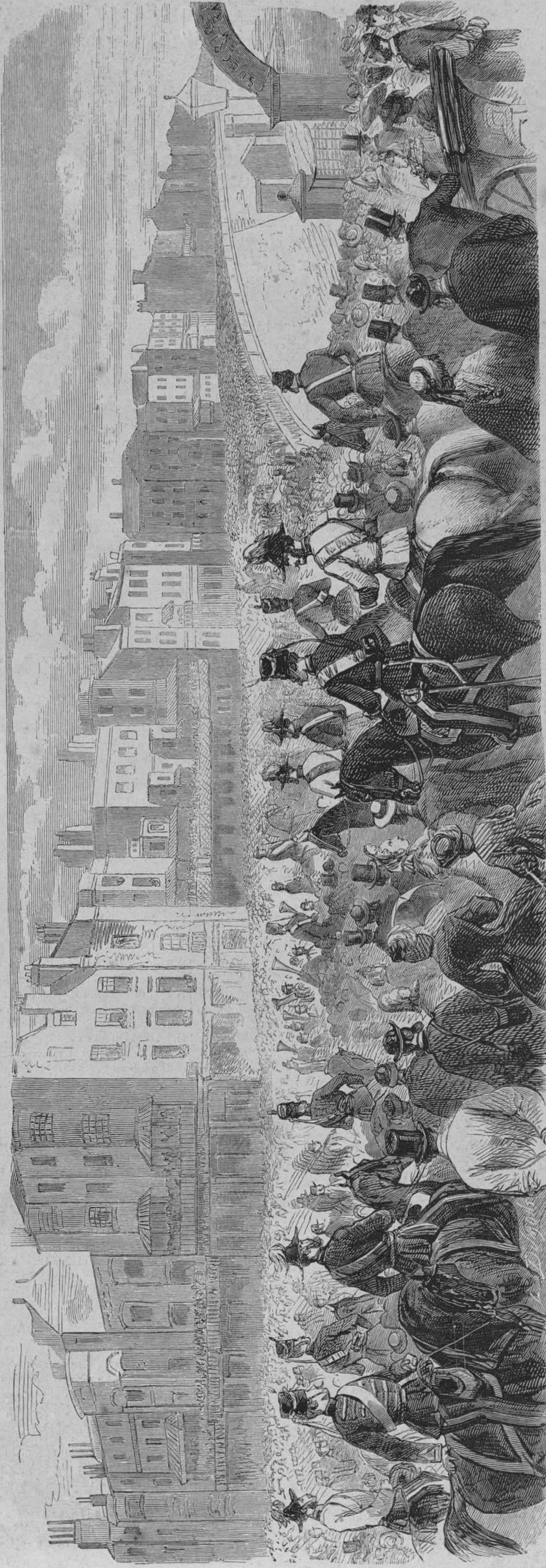
Pero dado el primer paso con fortuna, la ciencia moderna es como el agua, que nunca se para hasta vencer y romper con todos los obstáculos que se oponen á su camino; resultando, que una vez conocida la naturaleza del rayo, la física ideó los medios mas seguros de defenderse y conjurar los efectos terribles de las tempestades, armando con puntas metálicas los templos cristianos, al través de los cuales pasan dóciles y obedientes los truenos mas violentos del Júpiter de la antigüedad, quedando ilesos los lugares consagrados al verdadero Dios, y los hombres que allí, defendidos por la ciencia, elevan sus preces al cielo en medio de la tempestad. Las mismas puntas metálicas, conocidas con el nombre de pararrayos, se han fijado en los techos de los alcázares, velando la ciencia y la sociedad por la seguridad de sus jefes de gobierno. Iguales barras de hierro han levantado los obreros en los grandes talleres donde pasan su vida asociados por el trabajo, para guardarse de las desgracias que produce en los desprevenidos el fuego del cielo. En los países regidos por la ilustración, el pararrayo se le ve en la techumbre de los hospicios, hospitales y en las cárceles, donde vive la desgracia, en las casernas y cuarteles de la tropa, en los topes de los buques que han de correr mil temporales al través de los



Fiesta nocturna dada en el Gran Trianon en honor de SS. MM. el rey y la reina de los Países Bajos.



Grandes maniobras de los voluntarios ingleses en Brighton. — Los tiradores.



La revista de Brighton. — El desfile por el muelle.

mares, en las torres de las fortalezas, y en derredor de los almacenes del elemento más terrible de la guerra; por todas partes y en todos aquellos lugares adonde puede llegar la mano benéfica de la civilización. ¿Para qué? podrá preguntarse. Para quitar un envejecido miedo a los hombres, miedo que los poetas mantuvieron y alimentaron, y reemplazarle con la tranquilidad ó la indiferencia al peligro, no perdiendo aquellos en ninguna circunstancia un solo átomo de su valor, lo cual se ha conseguido con el pararrayo, realización de la tercera parte en que dividió hace diez y ocho siglos Séneca el estudio del fuego del cielo, tan entusiastamente rimado por toda la antigüedad.

MANUEL RICO SINOBAS.

### Maniobras de los voluntarios ingleses en Brighton.

Del gran acontecimiento internacional pasemos al hecho puramente nacional, la revista de veinte y cinco mil voluntarios, que ha tenido lugar en Brighton. Me ha cabido la buena fortuna de asistir á ella en compañía de un amable inglés, amigo mío, profesor de química, y á esta circunstancia he debido el saber cosas que sin eso habría ignorado siempre. Figúrese el lector que ese inglés, por la costumbre que tiene de descomponer toda clase de cuerpos, analiza los de sus compatriotas con sorprendente destreza. No sé á qué alambique cerebral los somete, pero lo cierto es que hace á primera vista la genealogía de las razas del primer *british* que encuentra. «¿Veis á ese individuo?» exclama; pues suponedle compuesto de 100 partes distintas que se subdividen de este modo: 8 partes de galo, 2 de fenicio, 3 de romano, 7 de normando-francés, 11 de normando-escandinavo, 40 de sajón y 29 de jutlandés: total, 100.»

Llegados de los primeros á las dunas reservadas al público, no tardamos en ver como asomaban por los cuatro puntos del horizonte muchos batallones anunciados por los redobles del tambor, espanto del enemigo. En breve, los primeros soldados desfilaron á nuestra vista. Ninguno de ellos hablaba ni fumaba; preciso es confesarlo, una vez que el inglés se ha plantado el uniforme militar, y que marcha al son de la música, no mira á nadie. Desconoce á parientes y amigos. ¡Pobres *darlings!* Por más que se sonrien, por más que inclinan adelante su linda cabeza, y aun agitan el pañuelo murmurando el dulce nombre de John ó de James, no reciben la menor señal de amistad; por todo el oro del mundo no consentiría el voluntario en abandonar un instante la dignidad que su papel le impone. Nada les puede hacer salir de su gravedad: su cabeza permanece fija y su mirada implacable. ¡Qué diferencia entre el voluntario inglés y el guardia nacional francés! Este, en un caso igual, es capaz de dirigir un saludo aun á las guardillas, á riesgo de perder su chacó y de hacer caer al suelo el de su vecino.

Al paso que se sucedían los batallones, yo pedía á mi amigo algunas noticias acerca de ellos.

— Hé ahí, me dijo al punto con su amabilidad característica, el batallón núm. 44, condado de Middlesex. Mirando atentamente á esos hombres, observareis que la mayor parte de ellos tienen la nariz chata ó levantada, las cejas oblicuas, la boca á mucha distancia de la nariz, los pómulos salientes; son descendientes de los galos: buena gente, y además son primos-hermanos nuestros.

«¡Escuchad esa música extraña! Es el sonido de las cornamusas, mezclado con el de los pífanos y los tambores. Parece que lloran las lejanas montañas. Hé ahí los *London scottish*, con sus trajes pintorescos y sus pantorrillas fuertes y desnudas. También estos son nuestros primos, pero se diría que no se acuerdan.

«¡Ah! Mirad, mirad ese batallón de hombrecillos rechonchos, de cabeza redonda y rostro encarnado como un cangrejo. Mirad qué expresión tienen sus ojos azules ó pardos; son sajones del condado de Essex, raza famosa. Esa gente de una concepción lenta, pero de un juicio sano, y que no cuenta jamás sino con sus propios recursos, sin pensar en el Estado, ha hecho á la Inglaterra lo que es hoy; os saludo, amigos míos.

«A propósito, ya que hablo de ingleses, hé aquí el batallón núm. 26, condado de Kent. Examinad atentamente esos semblantes. Su nariz se destaca como una flecha; sus hombros son angostos y caídos: son los descendientes más directos de los jutlandeses, y al través de los siglos han conservado su perfil convexo.»

— ¿Y de qué hombres se compone ese batallón? pregunté á mi amigo, señalando á unos hombres de una cuadratura de hombros extraordinaria.

— Son cimbríos. Pero mirad ese otro batallón de gigantes, continuó mi amigo. Tienen el perfil perpendicular, la nariz sumamente larga, la mirada medio apagada, el labio inferior saliente, la barba amenazante. Son escandinavos. Os saludo, hijos de la Gotta (mi amigo se entusiasmaba). ¡Os saludo, descendientes de los daneses! ¡Hijos de los antiguos reyes del mar, vosotros manteneis firme aun el tridente de la Inglaterra, y me prometo que por largo tiempo!

Así hablaba mi amigo, y no sé cuándo habría acabado, si no le hubiese interrumpido el fuego de la fusilería. Después de haber ejecutado toda clase de maniobras, como la solemnidad llegaba á su fin, lord Clyde, coman-

dante en jefe, dirigió á los voluntarios una alocución, en la cual se me figuró que oía lo siguiente:

«Voluntarios pardos, rojos, azules, verdes y amarillos:

«Ya sabeis por qué habeis tomado las armas; vuestra divisa: *Defensa y no desafío*, os lo recordaría si lo olvidáseis.

«Estais armados para la defensa de la antigua Inglaterra, de su honor, de sus penates, si fueran atacados, y no con la segunda intención de hacer la guerra á vuestros vecinos. ¿Porqué habrais de hacer la guerra puesto que nada os falta?...

«Voluntarios de todos colores:

«Teneis los bolsillos llenos de oro; os casais á veinte años si os agrada, sois abuelos á cuarenta, os divertís constantemente, y no sabeis lo que es una incomodidad. No veo qué necesitariais para ser dichosos. ¿Sería la gloria? Bien sabeis lo que es la gloria...

Un voluntario: — Es una fragata de coraza.

Lord Clyde, encogiéndose de hombros: — No se trata ahora de eso, os hablo de metafísica. (¡Escuchad!) La gloria es humo y no otra cosa. Ahora bien, gracias al cielo y al carbon de piedra, tenemos una parte de gloria con la que debemos estar satisfechos. Y es la mejor de todas; ella llena de oro vuestros cofres, de ricos vinos vuestras bodegas, de caballos vuestras cuadras. Y sin embargo, no es todo aun, ella se introduce en moléculas impalpables en vuestro organismo, y mezclándose al quilo (¡Escuchad!) con el que se conglo-mera, os ahuma poco á poco interiormente como si fuérais jamones y os da ese matiz rosado, esa salud floreciente que serán objeto de envidia eterna por parte de los hombres de piel curtida que viven en el Mediodía de la Europa.

«Voluntarios prismáticos:

«Una sola palabra me queda que deciros. Estoy contento de vosotros; por vuestra parte daos por contentos de tener lo necesario sin lo superfluo, lo que es un poco mejor que lo superfluo sin lo necesario. Y para despedirnos gritemos en coro: ¡Hurra para Albion! ¡Albion for ever!»

Y así lo hicieron los voluntarios, con lo cual terminó la gran revista de veinte y cinco mil patriotas.

J. A.

### Revista de Paris.

El rey y la reina de los Países Bajos han salido de Paris despues de haber asistido á una serie de fiestas dadas en su honor por Sus Majestades Imperiales. Una de las más notables ha sido la fiesta nocturna en el palacio llamado del Gran Trianon, que tuvo un carácter íntimo: el emperador y la corte se mostraron sin ninguna ceremonia, y una vez concluida la comida, los bosquecillos de esa preciosa residencia en la que vive eternamente la memoria de la infortunada esposa de Luis XVI, aparecieron iluminados con fuegos de Bengala. Nuestro dibujo de la página 340 dará una idea de ese espectáculo nocturno que presentaba un golpe de vista digno de los cuadros encantados de las Mil y una noches.

No bien habian abandonado la capital los reyes de Holanda, llegó á ella el virey de Egipto, Said-bajá, que ha sido recibido igualmente con todos los honores debidos á su clase. Su Alteza el virey, antes de venir á Paris ha estado en Italia, donde ha sido tambien muy festejado. Las correspondencias de Nápoles cuentan con este motivo una anecdota curiosa. Parece ser que en el momento en que el bajá se disponia á recorrer los países europeos, un caballero solicitó el favor de presentarle un himno nacional egipcio que habia compuesto y dedicado á Su Alteza, suponiendo que cada nacion tenia su marcha patriótica, y que el Egipto no podia tampoco prescindir de ella.

Esta composicion musical era magnífica, y el virey pagó el obsequio generosamente.

Durante el viaje, la banda de música del bajá halló muchas veces la ocasion de hacer oír esta obra maestra, y una de ellas fué el día en que el rey Victor Manuel visitó las escuadras fundadas en la rada de Nápoles.

Efectivamente, en tanto que los franceses y los ingleses tocaban su himno nacional, la fragata egipcia entonó el famoso himno patriótico, con gran sorpresa de los napolitanos, que reconocieron al punto la marcha real de los Borbones, prohibida allí desde la salida de Francisco II, y que habian vendido al virey como una novedad musical. — Excusado será añadir que desde entonces el Egipto se ha vuelto á quedar sin himno patriótico.

Un periódico de Paris habia anunciado, que la villa se proponia contratar un empréstito de ciento veinte y cinco millones para hacer frente á los gastos de una nueva serie de grandes obras de embellecimientos, entre las cuales se contaria la de la ereccion de un inmenso arco de triunfo destinado á perpetuar la memoria de las victorias alcanzadas por las armas francesas durante el segundo imperio.

La villa ha desmentido este rumor diciendo «que no se trata de hacer nuevos empréstitos ni de emprender ninguna nueva serie de grandes obras.»

Sin embargo, este proyecto de elevar en la plaza de la barrera del Trono un arco de triunfo, que no se halla negado categóricamente en las palabras que preceden, no es una cosa nueva. En 1660, la villa de Paris habia levantado en la referida plaza un arco de madera, bajo el cual el día 26 de agosto, se colocó Luis XIV con la jóven reina Maria Teresa de Austria, para recibir los juramentos de fidelidad de los parisienses; y á fin de consagrar este recuerdo, resolvieron edificar un arco de triunfo superior en magnificencia y en riqueza á todos los que se concian entonces.

Con efecto, la primera piedra se puso el 6 de agosto de 1670, pero no habiendo tomado el rey mucho interés en este monumento, la obra solo llegó á la altura de los pedestales de las columnas que debian adornarla. Concluyeron lo restante en yeso, y el arco subsistió así hasta 1716, época en que el regente ordenó su demolicion. Los trabajos habian costado cerca de 600,000 libras. Perrault suministró los dibujos del monumento, y por ellos sabemos que la construccion era grandiosa y habria honrado á la capital si se hubiese terminado debidamente.

Una vez cerrados los salones, los parisienses, que no abandonan por esto su decidida afición á las fiestas de sociedad, se entregan en sus moradas de campo á los placeres que han disfrutado en Paris durante el invierno. El domingo último asistimos á una funcion teatral que se daba en el jardin de una bonita quinta, en medio del día y en un teatro improvisado en medio de las flores. Representábase allí un lindo proverbio, cuyo argumento se funda en esta anecdota:

Hace dos años un jóven y una jóven se amaban con ese amor entrañable y profundo que tiende en el día á desaparecer hasta de los cuentos más inverosímiles.

Los padres del jóven, poco inclinados á consentir en un casamiento que no estaba en relacion con sus pretensiones de fortuna, se opusieron á él, y la familia de la niña juzgó oportuno llevarla lejos del hombre de quien querian separarla para siempre. La despedida fué desgarradora.

— Me olvidarás, decia la jóven.

— ¡Jamás! respondia el infortunado pretendiente.

Y sobre estas palabras hubo lágrimas, abrazos y desmayos. La jóven partió, y al otro día el galán enmudeció, sin duda por la conmocion que habia sentido.

Sus padres desconsolados consultaron á todos los médicos de fama, y pusieron á prueba todos cuantos remedios indicaron estos: pero inútilmente, el enfermo no recobraba la palabra.

Un año habia pasado ya, y cuando juzgaron que los dos amantes se habian consolado, la casualidad vino á ponerles frente á frente.

Los padres del mudo aleccionados por la desgracia, habian rebajado mucho de su orgullo, y al deplorar la incurable enfermedad de su hijo, deploraban tambien la inutilidad de una fortuna que para nada les habia servido, que no les habia suministrado ningun recurso contra las leyes de la naturaleza.

La jóven les oia hablar sin conmoverse mucho con una desgracia que quizá le pareció habian merecido un poco; pero cuando juró el padre de su amante que daria toda su fortuna por salvar á su hijo, entonces despues de haber dirigido á este una mirada, exclamó:

— Pues mire Vd., yo no pediria tanto.

— ¿Qué quiere Vd. decir? preguntó el padre sorprendido.

— Que con menos se podria hacer el milagro.

— ¡Con menos! explíquese usted.

— Yo sé un remedio infalible.

— ¿Para sanarle?

— Sí, señor.

— ¿Y cuál es?

— Que dé Vd. su consentimiento para que se case conmigo.

— Imposible; Vd. no querria casarse con un mudo.

— ¿No cree Vd. en la curacion?

— No, desgraciadamente.

— Pues yo repito que le sanaré.

— ¿Y cómo?

— Ahí está mi secreto. Consienta Vd. en el matrimonio, y le sabrá Vd. al punto.

— Pues bien, aunque dude de la eficacia de su ciencia de usted para una cura que no han podido lograr los primeros facultativos de Europa, consiento.

— Vamos, amigo mío, da gracias á tu padre, exclama la jóven dirigiéndose con alegría á su futuro.

— Y á tí tambien, responde el jóven recobrando de súbito la palabra que habia perdido voluntariamente, y para probar á la mujer que amaba hasta dónde podia llegar su fidelidad.

Aquí acaba la anecdota, y en la comedia se añade el desenlace de las bodas que dió pretexto á todos los convidados á la funcion para tomar parte en el baile con que se celebraron.

Los diarios judiciales de la semana han hecho la biografía de un italiano llamado Russo, que ejerce en Paris la profesion de músico ambulante, y que es en realidad uno de esos hombres sin corazon ni entrañas, que buscan su subsistencia en las invenciones más horribles y criminales.

De resultados de la acusacion dirigida contra él, la policia pasó á la habitacion que ocupa en casa de los señores Tron padre é hijo, y de esta visita han resultado los siguientes informes, que constituyen un cuadro de costumbres bien desconocidas.

Los señores Tron padre é hijo, son dueños de tres casas cuyos cuartos alquilan amueblados; y el hijo, que es quien parece estar al frente del negocio, se ocupa además en el comercio de organillos y otros instrumentos de los mendigos ó músicos ambulantes que pululan en Paris, así como da tambien funciones de linterna mágica en varios colegios y en las casas donde le llaman con ese objeto.

En sus casas tiene dispuestos 200 cuartos para los mendigos, quienes pagan cada uno 5 francos mensuales por su habitacion, lo que produce un arriendo mensual de 1,000 francos á los señores Tron padre é hijo, cuya fortuna está calculada en 150,000 francos.

Aquí vivia el acusado con otros dos músicos italianos que eran sus socios, y diez niños que habian alquilado para pedir limosna á varias familias pobres italianas.

La pluma se resiste á seguir el hilo de las declaraciones hechas ante el tribunal por testigos oculares de las infamias cometidas por Russo contra estas infortunadas criaturas. Toda una poblacion de las cercanías de Paris se amotinó contra los tres hombres, á causa de los malos tratamientos que hacian sufrir al jóven napolitano llamado Miguel San Martino, de nueve años de edad, que sus padres habian confiado á Russo por la suma de media onza de oro que este debia pagarles al cabo de tres años; seis veces Miguel se habia escapado, y recogido al fin por unas mujeres caritativas, estas se negaban á entregarle á otra persona que al comisario.

— Señores, decía Miguel, cuando cada noche no llevo á mi amo por lo menos dos francos, me da golpes, y si no puedo reunir esa cantidad, no me atrevo á volver á casa.

Y efectivamente, Miguel al ser recogido por las mujeres tenía el cuerpo cubierto de llagas, resultado de los malos tratamientos de su amo.

Un día le encuentran medio muerto de hambre; otro atado á un árbol, donde recibía uno de esos bárbaros castigos que impone Russo á sus desgraciadas víctimas; otro en fin, perdido por las calles sin atreverse á volver á su domicilio, porque no ha conseguido reunir la cantidad que se le ha señalado. Russo supone que no tiene consigo mas que cinco niños que ha traído de la Basilicata, y que no es culpable de los horrores que se le atribuyen; pero los jueces le condenan á cuatro meses de cárcel y á cinco años de vigilancia de la policía, que bien necesaria es con un hombre que ejerce semejante industria.

Ya que hablamos de tribunales, nos ocuparemos de un incidente que dió motivo á muchos comentarios tiempo atrás y que había quedado envuelto en cierto misterio. Nos referimos á unas solemnes exequias que debían tener lugar en la iglesia de San Martín en París, por el alma del rey Don Pedro de Portugal. El arzobispo había dado ya la competente licencia para ello, se había compuesto una misa de requiem para esta gran ceremonia, el emperador y todos los altos cuerpos del Estado habían recibido esquelas de convite, cuando hé aquí que de repente la autoridad recoge su permiso, porque se opone al funeral la embajada portuguesa.

Con efecto, no solo la embajada, sino también los portugueses residentes en París protestaron enérgicamente contra el proyecto francés, proyecto inútil y por lo menos tardío, pues ya se habían celebrado en la Magdalena unas exequias solemnes por Su Majestad Don Pedro V, á las que había asistido todo el que quiso honrar la memoria del finado.

Los autores del pensamiento acudieron á la prensa de Lisboa, y se entabló una discusión tan violenta, que hubieron de mediar explicaciones entre los gobiernos.

Ahora bien, toda esta cuestión casi política ha sido suscitada por dos literatos desconocidos que habían organizado el ruidoso funeral con el objeto de ilustrar sus nombres para merecer la recompensa de una condecoración. ¡Hace tan bien una cinta en el ojal de la casaca, que es difícil resistir á la tentación de procurarse tan bonito adorno! Desgraciadamente para sus autores, estos detalles íntimos se han venido á descubrir en el tribunal con un lujo de correspondencias particulares, donde habría argumento para una novela.

Otro incidente de distinto género ha llamado también estos días la atención del mundo literario.

M. de Pontmartin, un escritor de talento, ha lanzado como una bomba que siembra por todas partes el terror, un libro que se titula: « Los Juéves de madama Charbonneau, retratos de escritores. »

El autor pone en escena á un jóven lleno de ilusiones que viene á París, y que no habiendo encontrado en la carrera literaria la realización de sus esperanzas, se separa de la república inhospitalaria de las letras, pero se separa rompiendo con ella, delatando sus intrigas, sus miserias, sus vanidades.

El jóven desengañado exhala sus lamentos en las reuniones semanales de madama de Charbonneau, y va pasando revista á los principales escritores franceses, que designa con nombres y apellidos.

De aquí el tumulto: M. Julio Sandeau, á quien está dedicada la obra, rechaza semejante obsequio, para el cual ni siquiera se le pidió permiso, como se acostumbra generalmente; M. Taxile Delord destruye los hechos relativos á su persona; M. Ulbach, que recibe golpes de marca, replica con la misma energía; en suma, la confusión es general, llueven cartas y cartas en los periódicos, y M. Pontmartin tiene al fin que decidirse y contestar que se halla á las órdenes de los que quieren dejar la pluma y llamarle á otro terreno.

Sin embargo, la tormenta se calma sin que haya que recurrir á esa extremidad deplorable; la obra se vendió como por encanto; M. Pontmartin promete rectificar los hechos en otra nueva edición que hoy está en prensa, y el público, que no había hecho caso de semejante libro, abre los ojos y le busca hoy sin poder encontrarle. ¡Qué agente tan poderoso es el escándalo aplicado á las obras literarias!

MARIANO URRABIETA.

### Historia inverosímil.

Leves los años pasarán, marquesa...  
¡Vaya si pasarán!... ¡Pasaron tantos!  
Yerta ceniza, pálida pavesa,  
Pronto serán del alma los encantos.  
Las alegrías llantos;  
Los palacios ruinas;  
Fétido polvo los soberbios reyes;  
Momias las madres, tías las sobrinas,  
Y licenciados los que estudian leyes.

Melancólico sueño es la existencia  
Cuando llega la tarde de los días...  
La ancianidad se dobla fatigada  
Entre dos tumbas frías...  
Nada es su porvenir; su ayer fué nada;  
Nada sus esperanzas y alegrías...  
La muerte la rodea;  
La sigue, la precede,  
La acosa en lo profundo de la idea...  
Desmoronada cede

La tierra ante su planta;  
Una mano la empuja hácia adelante,  
Y adelantar no puede...  
Porque un muro á su paso se levanta;  
Y ¡ay! lo que no adelanta  
Fuerza es que hundido en el sepulcro quede.

Tal es, marquesa, de la triste vida  
La suerte universal... tal es, marquesa,  
La vida del amor... y convencida  
Has de quedar de que tu suerte es esa.  
Irrealizable empresa  
Fuera en mi pobre lira  
Con la verdad tratar de convencerte,  
Y por no sorprenderte,  
Te voy á convencer con la mentira...  
Con la mentira probaré la nada  
De todo humano afecto; y un apólogo  
Te dirá, inocentísima coqueta,  
Que Dios es Dios, Mahoma su profeta,  
Y el amor humo vano: — fin del prólogo.

Amaba una laguna  
A la inocente luna;  
El astro aparecía,  
Y el agua sonreía;  
Y la luz y la onda se besaban;  
Y la onda en la luz se embebecía,  
Y unidas á la orilla caminaban.

Al despuntar la aurora  
Se iba la luna, y el amante lago,  
Gimiendo hora tras hora,  
Alzaba al cielo su sollozo vago,  
O ronco y turbulento  
Lanzaba gritos de dolor al viento.

En coloquios de amor, plácidamente,  
Pasó el cuarto creciente,  
O la luna de miel, que alguien diría;  
Pero llegó el menguante,  
Y la luna inconstante...  
(Perdona si la ofendo, prenda mía)  
Rayaba en el Oriente  
Cada vez mas hermosa y trasparente...  
¡Ay, sí; pero mas tarde cada día!

Y era que la paloma del misterio  
(Como dijera en tiempo de mis tios  
Algun poeta melencólico y serio)  
Se había acostumbrado á otro hemisferio  
Rico en lagunas, abundante en rios,  
Y allí jugueteando  
Sus luces en mil aguas repartía,  
Lisonjeros cristales contemplando,  
Y á veces perezosa se dormía  
De arroyo adulador al eco blando.

*Et c'est pour ça* que el argentado coche  
De la mudable ninfa,  
Llegaba al márgen de la inquieta linfa  
Mas tarde cada noche.

Cruel he sido acaso,  
Cruel y hasta indiscreto,  
Dicho sea de paso,  
De una deidad contándote el secreto.  
Pero sabe que yo y la blanca luna  
(La blanca luna y yo fuera mas culto)  
Tenemos muchas cuentas atrasadas,  
Pues su luz apacible y amorosa  
Me ha jugado también malas pasadas,  
Como suele decirse... hablando en prosa.

¡Tiernas memorias y rencor oculto  
Despiertan en mi pecho sus miradas,  
Y el recuerdo insepulto  
Evocan de venturas malogradas!

¡La luna! — ¡cuántas veces mi deseo  
Aduló lisonjera,  
Fingiéndome al alma en dulce devaneo  
Dichas que huieron cual fugaz quimera!  
¡Oh, cuántas, cuántas alumbró tranquila  
Mi plácida ilusión, riellando ardiente  
De una mujer amante en la pupila,  
Y despues... con qué muda indiferencia  
Alumbró su callada sepultura,  
Dejándome á la luna de Valencia!

(Hermosa, ten paciencia,  
Si por hablar de mí, dejé mi historia;  
Pero mi pobre y destemplada lira  
Tan pronto toca á muerto como á gloria,  
Ora ríe, ora canta, ora suspira,  
Y como digo en la dedicatoria,  
Suspiro, risa y llanto son mentira).

Con que vuelvo á mi cuento.  
El astro macilento  
Aun acudía á sus amantes citas;  
¡Ay! pero cada noche eran mas tarde  
Y por tanto, mas cortas sus visitas.  
— Aprended, señoritas.

Ya al sombrío oleaje  
No alcanzaban sus diáfanos reflejos;  
Solo la fimbria de nevado encaje  
De su púdica veste  
Vefase á lo lejos  
En el confin de la region celeste.  
— ¡Ay soñados amores!  
¡Ay cuitada laguna!  
— Así flotando en duda y esperanza,  
Pasó una noche y otra; llegó una  
En que no vió brillar en lontananza  
La pura faz de la menguada luna,  
Y en noche oscura, lóbregas las olas  
Velaron tristes con su pena á solas.

«Nadie muere de amores»  
Dicen de nuestro siglo los doctores;  
Mas cuando bien se quiere,  
Muere el alma de amor, ó el amor muere;  
¡Y debe ser incómodo, por cierto,  
Llevar siempre en el alma un amor muerto!

El tiempo — ave sin nombre,  
Que huye espantada al respirar el hombre, —  
(Que diría un cantor grandilocuente)  
Con su presencia impía  
Hizo llorar tres veces á la aurora...  
¡Oh pájaro inclemente!  
Y otras tres apagó la luz del día.

Era esa dulce, bendecida hora,  
Que presagia el ocaso de la vida;  
En que muere la flor, el cielo llora,  
Y se queja la selva estremecida...  
La hora de los recuerdos inmortales,  
De los vagos anhelos infinitos,  
En que se alzan, cual ecos funerales  
De las ruinas del alma extraños gritos...

Era la tarde, en fin. — La luna nueva  
Brilló en el cielo, y los amantes ojos  
Dirigió á la laguna;  
Mas solo un valle de aridez y abrojos  
Encontró en su lugar la nueva luna.  
— El lago abandonado,  
A fuerza de llorar... se había secado.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

### Las obras del canal de Suez.

En el mes de noviembre último la ciudad de Trieste nombró una comisión para visitar las obras del canal de Suez, que tienen tan grande interés para el comercio austriaco, y los miembros de esta comisión fueron recibidos en Egipto por M. de Lesseps, que dirigió en persona sus investigaciones.

Por aquel tiempo los trabajos no estaban tan adelantados como se hallan hoy. El canal de agua dulce que lleva las aguas del Nilo al centro del istmo, se ejecutaba entonces y faltaban todavía algunos meses para que estuviera terminado. No obstante, había sido elegido para punto de partida de nuestros viajeros.

Para que el lector se forme una idea de su situación tal como se presenta en nuestra lámina, preciso es advertir que el canal de agua dulce que tiene su origen en las provincias pobladas y cultivadas del Egipto, corta en ángulo recto hacia el medio del istmo a la altura de un lago natural que llaman el lago Timsah, el canal marítimo, el cual partiendo de un punto desierto sobre el Mediterráneo, va directamente del Norte al Sur hacia el mar Rojo.

En el día el canal marítimo está abierto hasta el punto en que llega á encontrarse en el lago Timsah con el canal de agua dulce. La caravana que se proponía visitar las obras guiada por M. de Lesseps, tenía pues que bajar primeramente en embarcaciones el canal de agua dulce hasta el punto adonde llegaban los trabajos de construcción; y de aquí para pasar á Timsah al través del desierto, era preciso valerse de las monturas del país. Llegados al sitio donde el canal marítimo comenzaba á ser navegable, los viajeros debían recorrerle embarcados hasta la mar.

Nuestro dibujo está tomado en el momento en que la caravana, á la salida del canal de agua dulce, se pone en marcha hacia el canal marítimo. En lontananza se distinguen las velas de las embarcaciones que han transportado á los viajeros; delante de ellos el desierto, un territorio rojizo, entrecortado de dunas, privado de toda vegetación, excepto algunas matas de tamarisco.

En el coche van los señores Revoltella, banquero de Trieste, miembro de la comisión austriaca; el doctor Aubert Roche, médico mayor de la compañía; Voisin,

ingeniero, director general de las obras, y Alfredo Feinieux, representante del empresario general. Detrás del carruaje, a caballo, M. Laroche, ingeniero de la compañía, y en dromedario, M. Larousse, ingeniero hidrógrafo.

A la cabeza de la caravana, el guía, seguido de M. F. de Lesseps, en dromedario; mas lejos el ingeniero miembro de la comisión de Trieste, M. Sforzi, y detrás del presidente, el encargado de reclutar los obreros indígenas, M. Cazejus, a caballo.

El viaje por el desierto sobre las tierras concedidas a la compañía, presentaba bastante interés. En muchos sitios se encuentran señales de antiguos cultivos, y se sigue con la vista el cauce del antiguo canal que introducía la abundancia en lugares hoy despoblados. El ojo del agricultor reconoce allí, bajo las áridas dunas, muchos espacios donde la tierra vegetal es rica y profunda, y que será fácil fertilizar por medio de riegos extraídos del canal de agua dulce. Por lo demás, esas regiones contienen una población errante que se dedica gustosa a las faenas agrícolas, y que sería posible fijar en las tierras de la compañía por medio de buenos procedimientos y a beneficio de una administración justa y paternal. Ya se han hecho tratados y firmado arrendamientos con jefes de beduinos, y la antigua tierra de Gessen, una de las mas ricas del Egipto, que vino a quedar estéril mas aun por las revoluciones y los malos gobiernos que por los caprichos de la naturaleza, podrá volver a tener su fertilidad primitiva.

La comisión de Trieste, conducida por el incansable presidente de la compañía del canal de Suez, ha podido hacer durante su excursión estas interesantes observaciones; despues recorrió las obras del canal marítimo hasta el Mediterráneo, y consignó sus impresiones sumamente favorables en un informe que ha visto la luz pública.

Hoy la pintoresca procesion de coches, dromedarios y caballos que se ve figurada en nuestra lamina, no se



Viaje de inspeccion de las obras del istmo de Suez, efectuado por uncomision de la ciudad de Trieste acompañada por M. de Lesseps.

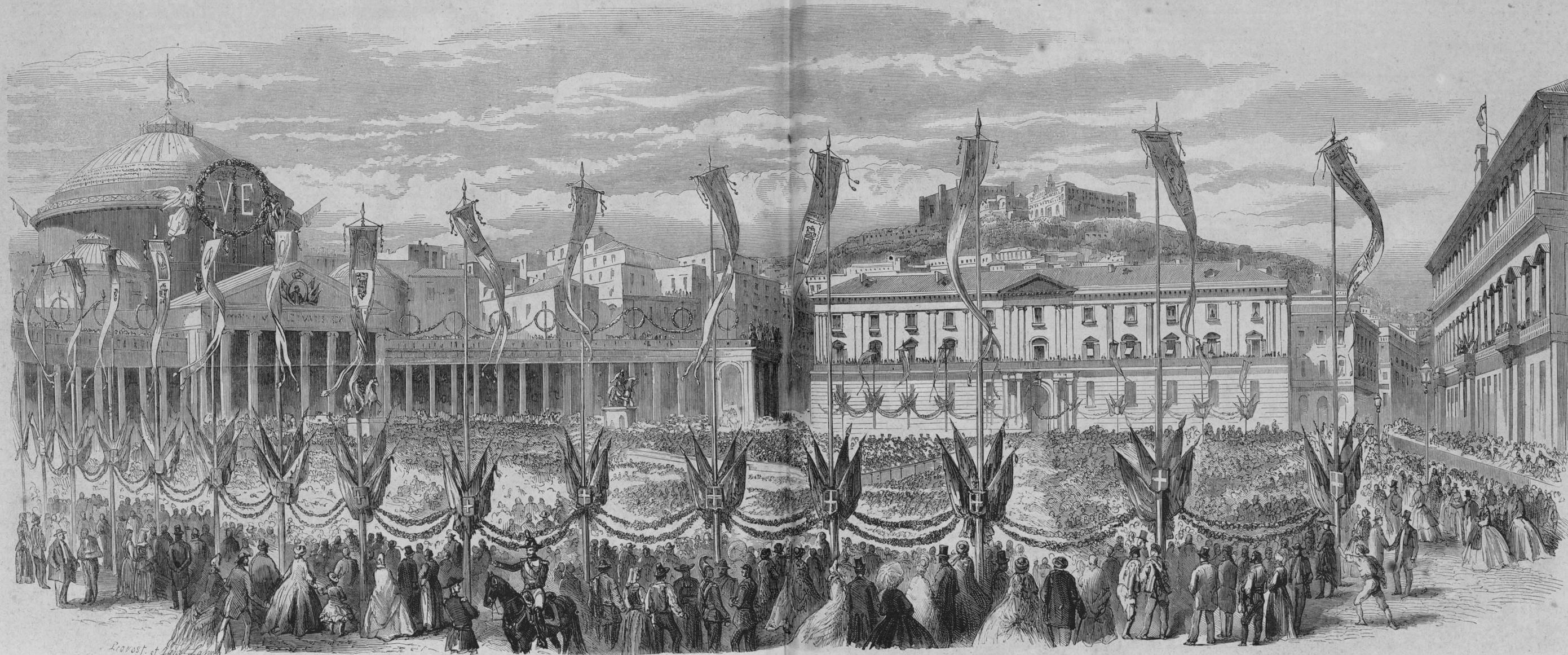
utiliza ya, pues como el canal de agua dulce está terminado y presenta una superficie de 12 metros en la línea de agua, las embarcaciones le atraviesan y navegan por él hasta el pie de los talleres del canal marítimo, en el centro del istmo.

El primer elemento de la próxima fecundidad de ese desierto, el agua dulce, ha sido traído ya. Otro poco de tiempo, y gracias al valor y a la perseverancia de M. de Lesseps, la Francia habrá adquirido un nuevo título a las bendiciones de los pueblos abriendo una pronta vía de comunicacion entre la Europa y el Asia, y preparando a las distintas razas un terreno de enlace y de union en las orillas del canal de Suez. P. D.

**Dos hermanos rivales.**

(Continuacion.)

Juana la abrió, y leyó en voz alta lo que sigue: « Señor conde: no sé si habeis conservado mi nombre en vuestra memoria; pero cuando érais joven queriais a mi madre que os habia criado; mi madre murió hace seis años en una casita que la vuestra habia hecho construir para ella: ha muerto feliz por las bondades que con ella habeis tenido. Yo me casé con un hombre a quien amaba con toda mi alma, y vine a vivir a Paris, donde mi marido ejercia la profesion de escultor en piedra. Hace un año que tuvo la desgracia de caerse de lo alto de una casa cuya cornisa estaba arreglando, y se rompió una pierna. Vinieron a avisarme: corrió inmediatamente al sitio en que él estaba; medio-muerta de dolor hice que le condujesen a casa, donde por salvarle gasté todo cuanto tenia. La casita de mi madre fué vendida, así como todos los muebles que tanto trabajo me



Viaje del rey de Italia. — Fiesta en la plaza del plebiscito en Nápoles.

había costado ganar. Pero Dios le ha llamado á si después de cuatro meses de sufrimiento. Hace ocho meses vine á habitar donde hoy vivo, y trabajando noche y día no he podido conseguir mas que comer pan seco, y alimentar á mis pobres hijos lo menos mal posible. Si yo fuese sola, señor conde, jamás hubiera pensado en pedir nada; pero tengo cuatro hijos, y las fuerzas me abandonan. Mis señas son: Francisca Gerard, calle de Jeuneurs, número 17, piso sexto, puerta de enfrente. — Me ofrezco, señor conde, como vuestra mas humilde servidora. »

P. D. « Debo tres plazos de un alquiler de ochenta francos: os digo esto, señor conde, porque si preguntais por mí á la portera no dejará de deciroslo: se lo repite á todo el que quiere oirlo; pero yo la perdono. »

— ¡Pobre Francisca! dijo Teresa; y nosotras que la creíamos tan dichosa.

— Mirad, Juana, y vos, Teresa, si queréis, iremos mañana á acompañarla á la diligencia.

— Os felicito por vuestro buen corazón, Jorge; acepto, y estoy segura de que Juana es de mi opinión.

— Seguramente, y tendré un placer en hacerla un regalo.

— Eso es, cada uno la llevaremos el nuestro.

En este momento se oyó al conde que llamaba á Jorge. Este echó á correr.

Juana y Teresa, que tenían muchas cosas que decirse, subieron á su habitación.

## VIII.

— Ya ves, Juana, que Jorge nada sabe, y que Carlos te ama siempre como un loco; pero si consiente en alejarse por algun tiempo, tengo la esperanza de que regresará siendo menos desgraciado, y que verá sin mucho disgusto el casamiento de su hermano contigo.

— ¡Pobre Carlos! exclamó Juana con piedad.

Juana era una verdadera hija de Eva, como la hemos oído decir á ella misma. Así es, que el amor de Carlos la halagaba, y se consideraba dichosa en tener un sacrificio de aquella naturaleza que ofrecer á Jorge. La parecía que aquel amor debía darla doble precio á los ojos de su amante.

— Cuando me levanté esta mañana, dijo Teresa, tenía ánimo de ir contigo á buscar á Carlos.

— ¿Para qué?

— Para decidirle á partir; pero he pensado que era mas conveniente mandarle á llamar.

— ¿Y lo has hecho sin advertírmelo?...

— Ya está aquí, repuso Teresa, oyendo un ruido de pasos en el corredor. Tranquilidad, Juana.

Esta recomendación era hasta cierto punto inútil, porque Carlos, que ambas esperaban ver aparecer con aire fatigado y de disgusto, se presentó rebosando alegría.

Saludó á Juana, dió la mano á Teresa, y las preguntó cómo habían pasado la noche, todo ello con la apariencia de franqueza y alegría.

Después de cambiar algunos cumplimientos por una parte y por otra, Carlos, sin manifestar la menor emoción, dijo: que habiendo seguido el consejo que Teresa le diera la vispera, había ido así que se separó de ella, á ver á su coronel para pedirle una licencia.

— ¿Os la ha concedido? preguntó Teresa, mas bien por decir algo que por obtener una respuesta.

No comprendía el cambio que desde la vispera se había operado en Carlos.

Juana sintió algo de despecho.

— Hé aquí lo que me respondió: « Creo que no habrá dificultad por parte del ministro; pero tendréis que esperar hasta los primeros días de agosto. Esta mañana han llegado órdenes muy severas para no permitir ausentarse á ningún oficial hasta esa época. »

Además, añadió, creo poder advertiros que el día 5 ó 6 habrá una gran distribución de cruces, y que monseñor el delfín me ha dejado entrever que estais incluido en la lista de los agraciados.

— Os felicito de antemano, dijo Juana.

— Es de esperar que mi señor hermano no vendrá á arrebatármela, como me ha arrebatado vuestro corazón.

Esta respuesta dada en tono burlesco, incomodó mas á Juana que su indiferencia anterior.

Juana respondió en el mismo tono:

— No hay peligro, Carlos, porque si se colocase esa cruz tan deseada en el platillo de una balanza, y el corazón en cuestión en el otro, creo que daríais con el dedo en el que estuviese la cruz.

— Picara, respondió Carlos en el mismo tono.

— ¿Esa cruz os será dada por el ilustre *Jokó*? preguntó Juana.

Esta pregunta que le recordaba el antiguo mote puesto al delfín, hirió tan cruelmente á Carlos, que lo hizo ver en su respuesta.

— Juana, hay poca generosidad de vuestra parte en haberme hecho venir aquí para ridiculizarme y divertiros con mi confusión.

— ¡Oh! no tomeisese aire tan severo, Carlos; os pareceis casi á mi profesor de alemán, ya sabeis, á aquel que estaba quejándose siempre al señor conde de que me burlaba de él.

— Vamos, Juana; seamos mas amables el uno para el otro, y sobre todo, mas francos. No pensamos ni una palabra de lo que estamos diciendo en voz alta. ¿Para qué me habeis enviado á llamar?

— No ha sido Juana, sino yo, la que ignorando vuestra entrevista con el coronel, quería deciros á hablarle;

pero desde el momento en que la sé, no puedo hacer mas sino daros las gracias, y desear que olvideis un amor que os seria funesto.

— Haré lo posible, pero aun no me atrevo á prometer nada; el porvenir hablará por mí.

— No os he pedido ninguna promesa, Carlos, no he hecho mas que expresar mis deseos de que olvideis.

— Gracias, mi buena Teresa, gracias; respondió enjugando sus ojos, de los que se escapaban algunas lágrimas.

Juana se conmovió tanto, que lloró tambien.

— Voy á marchar, Juana; primero á reunirme con mi regimiento que está en Versalles, y el 6 de agosto para Suiza ó Italia, donde trataré de hacer entrar en razón á mi desgracia. Pero antes de partir quisiera saber dónde ha nacido vuestro amor por Jorge. Tengo muchos deseos de saberlo, y creo que en el momento de decirme adios, no me negareis este favor.

Juana, tan buena y franca como era á veces obstinada, no se hizo repetir la pregunta, y respondió:

— No sé con qué objeto deseais saberlo, Carlos; pero voy á deciroslo, únicamente por complaceros.

— ¿Recordais un paseo que dimos acompañados del conde, Teresa y Jorge, la vispera de marcharnos de los baños de Baden, hace algunos años?

— Perfectamente; y tambien recuerdo que buscábamos flores para vuestro herbario.

— Precisamente; por la mañana el aire era puro y fresco y se presentaba un día tan agradable, que creíamos nos habia de parecer corto. Por la tarde el aire se hizo mas denso, retumbó el trueno, y empezó á llover con una violencia espantosa. Asustados nuestros caballos, corrieron hácia los precipicios que habia al borde del camino. Durante un momento tuve tanto miedo, que si no hubiese sabido que me seguiais de cerca, creo que me hubiesen faltado las fuerzas para sujetar á mi caballo. Estábamos calados, fatigados, y sobre todo, desesperados al ver caer de vuestras ateridas manos las plantas que tanto trabajo nos habia costado encontrar y coger. Disminuyó la tormenta, pero continuó lloviendo en abundancia. El agua brillaba á través del follaje que iluminaba de vez en cuando un rayo de sol, y cada gota se alineaba con la inmediata, formando una guirnalda de pedrería encima de nuestras cabezas. Por la mañana habíamos atravesado una hermosa pradera tapizada de verde, por la que corria un fresco arroyuelo, á cuyas orillas habíamos visto plantas y flores magníficas.

— Terfeis una memoria admirablemente fiel, dijo Carlos: ¿no es verdad, Teresa?

Teresa hizo una señal de asentimiento, y Juana prosiguió:

— Pensando volver por el mismo camino, no habíamos cogido ni una de aquellas flores; pero por la tarde el arroyo se habia convertido en torrente, y lo escurridizo del camino hacia el paso extremadamente difícil; por la mañana, no sé si lo recordareis, habiais visto un magnífico *lisimaco*; yo no tenia ninguno en mi herbario, y me ofrecisteis cogerle á la vuelta; pero ya no era tiempo, el torrente le habia ocultado bajo sus hondas espumosas. Tuve un vivo disgusto, porque conocia que no volveríamos á buscarle; al día siguiente salíamos para Landan. Jorge me oyó quejarme, y temiendo sin duda que le prohibiesen la empresa que pensaba acometer, no dijo una palabra. Por la tarde, cuando nos retiramos, desapareció bajo un pretexto cualquiera, y dos horas después entraba con el *lisimaco* que tanto habia deseado, y que hoy es el número 709 de mi herbario. Hé aquí el origen de mi amor por vuestro hermano. Como veis, es muy sencillo, muy prosaico, y sobre todo muy plebeyo, como vos acostumbrais á decir.

— ¡Oh! ¿porqué no tuve yo el pensamiento de Jorge?

— No sé si os hubiera amado como á vuestro hermano; porque nuestro corazón es tan poco razonable, que lo mismo se entrega al mas digno, que al mas malvado; pero aquella flor fué la única causa que me determinó á amarle.

— Jorge es muy feliz, Juana, y yo muy digno de compasión. Todavía nos veremos á la hora de almorzar, después partiré para Versalles, y el 6 de agosto próximo, si tengo la fortuna de obtener la licencia pedida, iré, como os he dicho antes, á Suiza ó Italia á procurar poner un poco de bálsamo en mi herida. Hasta la vista, Juana; hasta luego, Teresa.

Y salió.

Así que quedaron solas Teresa y Juana, se miraron como dos personas dispuestas á interrogarse.

— ¿Sabes, Teresa, que Carlos es un ser muy difícil de comprender? Hace un momento estaba tan alegre que daba envidia; ahora está tan triste como una larga velada de invierno.

— Tanto peor, Juana; todos esos cambios indican que te ama aun con un amor inmenso, y por consiguiente mas difícil de curar.

— ¡Pobre Carlos! ¡Ya es demasiado tarde!

Las dos amigas arreglaron un poco sus trajes y bajaron al comedor, donde encontraron al conde y á Jorge que se preparaban á leer *el Constitucional*.

## IX.

Cuando llegó la hora de comer cada uno ocupó el sitio que tenia de costumbre.

El de Carlos estuvo desocupado nada mas que algunos momentos. A su aire comunmente burlesco ó triste habia reemplazado otro tranquilo y resignado.

— Ya sabeis, padre mio, que he recibido orden de mi coronel de marchar hoy mismo á Versalles para reunir-

me á mi regimiento, y entrar mañana con él en Paris; por consiguiente, es absolutamente indispensable que parta después de almorzar.

— Debeis obedecer, Carlos; y aun cuando en estos momentos temo por todos vosotros, no tengo mas que una palabra que deciros. Partid. Jorge irá á acompañaros, y volverá esta tarde, porque tengo necesidad de hablarle.

El almuerzo terminó muy pronto; todos estaban tan tristes como si acabase de suceder alguna desgracia en la casa.

El conde se levantó el primero de la mesa, cogió á Carlos de la mano, y le dijo antes de retirarse á su gabinete:

— La atmósfera política está tan tempestuosa, tan cargada, que me hace presagiar una tormenta; cualquier cosa que suceda, acuérdate, Carlos, del nombre que llevas; es decir, conducete como hombre de honor.

— Os lo prometo, padre mio, respondió Carlos; ¿pero qué desgraciada noticia os hace hablarme así?

— Eres militar, eres hombre, y puedo decirtelo todo. La señora de Navarreins, á quien estuve á visitar ayer noche, me ha asegurado que el ministerio preparaba un golpe de Estado para el día 25, con el objeto de hacer retrogradar las ideas de este siglo. Si llega á tener lugar, Paris, la Francia entera se sublevará, y no es posible calcular el éxito del combate si llega á verificarse. Pero suceda lo que quiera, piensa que eres soldado del rey, y que le debes tu sangre y tu vida.

— Mi sangre y mi vida son del rey, padre mio, porque así lo he jurado, y pertenezco á una familia que nunca viola sus juramentos.

El conde rogó á Carlos le acompañase á su gabinete, porque tenia algunas cosas importantes que decirle.

Jorge subió á la habitación de Teresa y Juana.

No seguiremos á Carlos, que habla de política con el conde; pero iremos con Jorge al lado de su amante y de su amiga.

— Juana, voy á marchar á Versalles con Carlos, pero esta tarde estaré á vuestro lado.

— Tengo que hablar seriamente con vos, Jorge, dijo Teresa; y como conozco vuestra prudencia y vuestra bondad, voy á hacerlo en seguida.

— Hablad, Teresa; pero ese tono, al que no estoy acostumbrado, ¿es tal vez precursor de alguna mala noticia?

— Escuchadme, Jorge, y lo decidireis: ya sabeis por Juana, y tambien por mí, que vuestro hermano la ama con pasión.

— Sabia que la amaba; pero creia que su amor por Juana seria igual al que ha sentido por tantas otras; es decir, informal y de poca duración.

— Ese es precisamente vuestro error; Juana os lo dirá lo mismo que yo.

— Es verdad, Jorge; pero habiéndole confesado mi inalterable amor por vos, debo añadir que me ha prometido hoy delante de Teresa ausentarse por algun tiempo á fin de olvidarme.

— ¡Cómo! Carlos os ama, os ha hablado de su amor y me lo ocultais; muy mal hecho, Juana, muy mal hecho.

— Confío en que no tardareis en perdonarme cuando sepais que fué ayer cuando se me declaró.

— Jorge, dijo Teresa, no se trata de discutir en este momento, sobre todo si yo os afirmo que Juana os ama hoy tanto como ayer os amaba. Es necesario que nos ayudeis á hacer alejar á Carlos, diciéndole que lo sabeis todo. Vuestro hermano os ama, y me atrevo á confiar en que no escuchara de vuestra boca mas que palabras de amistad y de paz. Prometedme, Jorge, decirle en el camino que vais á hacer con él, que Juana os ha confesado su amor, y rogadle por el bien de entrambos, que haga el sacrificio de ausentarse por algunos meses.

— Lo que me pedis, Teresa, es muy grave; pero si lo creéis indispensable, os prometo hablar hoy mismo á Carlos.

— A mi modo de ver, hareis bien, Jorge.

— Entonces me separo de vosotras; voy á ver si Carlos ha concluido su entrevista con mi padre, á fin de mandar que enganchen el carruaje. Hasta la vista, mi hermosa Juana, añadió cogiéndola la mano que besó amorosamente.

— Seguid mi consejo, Jorge, gritó Teresa al aturdido jóven, que habia olvidado despedirse de ella.

— Estad tranquila, respondió Jorge.

Cuando entró en el comedor, su padre y su hermano salian del gabinete.

— ¿Estais pronto á marchar, Carlos, dijo el conde al ver á Jorge.

— Sí, padre mio, porque German, á quien he dado mis órdenes, ha debido prepararme todo lo necesario.

— Voy á mandar que enganchen, dijo Jorge.

— Es inútil, respondió German entrando; el señor conde ha dado la orden desde la ventana, y el carruaje espera.

— ¿Está arreglada mi maleta, German?

— Sí, señor vizconde.

— Adios, padre mio.

— Adios, Carlos, dijo á su vez el conde estrechando su mano con efusión.

El conde enjugó una lágrima y subió á la habitación de Juana.

Carlos y Jorge subieron al carruaje seguidos de German, y tomaron al galope el camino de Versalles.

## X.

Durante algunos minutos, los dos hermanos no pro-

nunciaron ni una sola palabra. Jorge buscaba en su imaginación algunas palabras para entrar en materia, y casi desesperaba de encontrarlas, cuando Carlos rompió el silencio.

— ¿Sabes lo que me ha dicho padre?

— No, puesto que estabas solo con él.

— Creí que te habría hablado antes.

— Sé mas explícito si quieres que te conteste.

— Me ha hablado de tu próximo matrimonio con Juana.

— ¿En qué términos?

— Me ha dicho que era cosa ya decidida, y que á fines del mes próximo estareis casados. He visto que no eras buen hermano, cuando tú mismo no me has dado esa noticia.

— Me era imposible, Carlos, porque te juro que lo ignoraba; lo único que podré decirte, es que esa noticia me causa una grande alegría.

— ¿Sabes, sin duda, que tu gozo causará mi dolor?

— Juana me lo ha dicho todo, Carlos, y confío que el viaje que vas á emprender te hará olvidar sin que se turbe nuestra amistad. Mi felicidad, Carlos, no será completa sino cuando me escribas ó vengas á decirme que tú tambien eres venturoso.

— ¡Venturoso! respondió Carlos con amargura. Venturoso, cuando me arrebatas á Juana, que es la única que podía hacerme feliz. ¡Oh! bien sabes lo contrario, Jorge; y estoy seguro de que en el triunfo de tu alma, dices sin piedad que es justicia. ¿No te hace creer la vanidad, que tu superioridad sobre mí es la que te da el amor de Juana?

— Te perdono, Carlos, la amargura de tus palabras, replicó Jorge cogiéndole la mano y estrechándola contra su pecho; pero te suplico deseches esos pensamientos que me alejan de tu corazón. Acuérdate de nuestros primeros años, privados de los cariños de una madre; acuérdate de lo que me decías cuando mi delicada salud ocasionaba tantos cuidados á nuestro padre: « Jorge, déjame cuidarte, preservarte. ¿Acaso tu vida no es la mía? Si yo no tuviese á Jorge que me amase, que me comprendiese, ¿quién me haría bueno? » ¡Y ahora no quieres amarme! ¡quieres verme desgraciado, á mí, que necesito tanto amor! ¡Carlos! Si no fuese necesario sacrificarte mas que mi ventura, ¿crees tú que vacilaría? ¿Pero y la suya? Tú mismo me despreciarías si hubiese podido abrigar semejante pensamiento. Déjame el amor de Juana y la oscuridad. Para tí los honores, la gloria, los favores de la fortuna, todo lo que los hombres codician; pero consérvame tu amistad de hermano.

Carlos se sintió conmovido; las lágrimas que á pesar suyo, corrian de sus ojos, eran dulces, y un movimiento irresistible le arrojó en los brazos de Jorge, que le estrechó contra su pecho con un nuevo trasporte.

Así es que le dejó lleno de convicción.

— No has acudido en vano á los recuerdos de mi juventud, que el dolor había borrado por un instante de mi imaginación; si, tu voz, como en otro tiempo, me ha devuelto hoy la calma y la prudencia. Lo conozco, hermano mío; eres mas digno que yo del tesoro que la Providencia te concede; pero perdóname, si no tengo fuerzas para ser testigo de tu felicidad. Voy á alejarme bajo el peso de la desgracia; cuando vuelva, tal vez el tiempo me haya dado la resignación.

Jorge abrazó otra vez á su hermano, y le dijo con las lágrimas en los ojos:

— Ya sabía yo que me amabas lo bastante para hacerme este sacrificio; pero te aseguro que mis votos, mis oraciones mas fervientes serán por tu felicidad. El carruaje paró en el patio de la fonda de la Caza-Real.

Los dos hermanos se apearon del carruaje y subieron juntos á la habitación que Carlos ocupaba generalmente durante su permanencia en Versalles.

Carlos se despojó de su traje de paisano y se vistió de grande uniforme para ir á visitar á su comandante y á los oficiales amigos.

Jorge le acompañó á todas partes.

Terminadas las visitas, Carlos recordó á su hermano que el conde le había recomendado que regresase aquella misma noche.

— Ya lo sé, Carlos, y por eso voy á separarme de tí; mañana nos veremos en París.

Cuando Carlos se retiró por la noche á su casa, se dijo á sí mismo: ¿Qué influencia magnética ejerce sobre mí la voz de Jorge? Esta mañana le aborrecía como enemigo de mi reposo; esta mañana hubiera consentido, por verle desgraciado, en sacrificar mi felicidad y mi alegría, si es que aun puedo esperar ambas cosas. Y ahora estoy tranquilo y resignado. ¿Qué es lo que él ha hecho? ¿cual es el sacrificio que me ha ofrecido? No era él quien debía venir á suplicarme que partiese? No. Yo era para él una tormenta que ha sabido conjurar por medio de palabras de paz y de unión. ¡Oh! ¡cuán fuerte es bajo su aparente debilidad! y yo ¡cuán débil con mi robustez y mi salud!

Y se durmió haciendo estas reflexiones y exclamando: ¡Carlos, Carlos! para el bien de todos, preciso es que te ausentes.

No seguiremos la marcha del regimiento de Carlos. Únicamente diremos que entraba en París á las once de la mañana del día 25 de julio de 1830.

El conde y Jorge habían ido paseándose á esperar á Carlos, á quien vieron venir haciendo caracolear á su lado á la cabeza de su compañía.

Cuando pasaba un regimiento de la guardia real por las calles de París, sobre todo siendo de caballería, era generalmente acompañado hasta el cuartel por una multitud de ociosos; pero aquel día pasó triste y solitario.

El conde fué al encuentro del coronel, y le preguntó si sería posible que Carlos fuese á almorzar á su casa.

— Si, caballero, respondió el coronel, pero no le detengais mas de dos horas, porque si el general viniese me reprendería.

El conde prometió que estaría allí á la hora indicada, y fué á buscar á Carlos.

Este al ver á su hermano hizo un guiño de ojos, que indicaba que Jorge había perdido todo el terreno que ganara la víspera. Carlos le tendió la mano con la sonrisa en los labios, pero aquella sonrisa no era franca: era, si puede decirse así, hablando de los personajes que nos ocupan, la sonrisa de Luis XI á sus víctimas.

Cuando el conde y sus hijos llegaron á casa, aun no estaba preparado el almuerzo, porque los criados habían recibido orden de no servirle hasta que llegase el conde.

Teresa y Juana estaban en el jardín; la primera ocupada en leer los periódicos, la segunda bordando.

El señor de Aignerville viéndolas desde la ventana, fué con sus hijos á buscarlas.

— Señoritas, dijo el conde; á fuer de galantes caballeros, venimos á ofrecer el brazo para pasar al comedor. Debeis tener buen apetito; son ya mas de las once.

— Os pido me perdoneis el haberos hecho esperar, dijo Carlos; pero papá podría decirnos que no ha sido culpa mia.

Y diciendo estas palabras, dirigió á Juana una mirada que la hizo estremecer.

Jorge besó la mano á ambas.

— Nada tenemos que perdonaros, Carlos; ignorábamos la hora que era, y esperábamos tranquilamente á que la campana nos llamase.

— ¿Traen algo de nuevo los periódicos? preguntó el conde á Teresa.

— Estos nada, respondió mostrando tres ó cuatro; todos ellos hablan del temor del golpe de Estado. Pero voy á leer el *Moniteur* que acaba de llegar.

Y Teresa se puso efectivamente á leer aquel periódico.

El conde se cogió del brazo de Carlos, y empezó á pasear y hablar de política.

Jorge entre tanto hablaba en voz baja con Juana.

Todos recordarán aquel día memorable, el 25 de julio de 1830, es decir, el día que convirtió á Paris — tan tranquilo hacia quince años — en uno de los clubs mas ardientes y violentos. Día terrible y funesto que dió principio á la obra de destrucción, que no será justamente apreciada, sino cuando no existan los que la han llevado á cabo.

Jorge contaba á Juana lo que había dicho á su hermano la víspera, y ambos se regocijaban por los buenos sentimientos que había demostrado Carlos.

— ¿Qué habeis hecho esta mañana? dijo Jorge cambiando de conversacion al ver que se aproximaban el conde y Carlos.

— Me he levantado muy temprano y he bajado al jardín para tomar el fresco y distraerme. Tenia el corazón lleno de presagios fatales; me sentía triste. Cualquiera al verme hubiese dicho que se aproximaba algun acontecimiento que debía influir en mi porvenir directa ó indirectamente.

— ¡Cuán niña sois! ¡cuando nuestra felicidad se aproxima, dar lugar á semejantes pensamientos!

— El aire era denso, la atmósfera estaba pesada, prosiguió Juana sin hacer caso de las palabras de Jorge, mi cerebro lleno de imágenes fantásticas; me zumbaban los oídos; creía escuchar ruidos confusos, y un vago temor se apoderaba de mi alma, ordinariamente tan confiada y tranquila.

— Permitidme que os diga, querida Juana, que habeis tenido alguna pesadilla esta noche, y que esta mañana estábais aun bajo su influjo.

— ¡Cielos! gritó de pronto Teresa.

— ¿Qué tienes? preguntó el conde aproximándose.

— Mirad, mirad, dijo Teresa alargándole el *Moniteur*.

El conde leyó aquellos reales decretos, obra calenturienta de un anciano que jugaba á un solo golpe la corona de san Luis y los destinos de la Francia.

Pobre rey, que Dios sin duda quería abatir, porque le había herido de vértigo, como dice el profeta.

La campana anunció que estaba servido el almuerzo. El conde se guardó el periódico en el bolsillo, y todos subieron al comedor.

El almuerzo duró muy poco, porque nadie se atrevía á pronunciar una palabra por temor de ocasionar una discusión mas viva de lo que convenia en aquellos momentos.

Teresa y Juana subieron á su habitación, pero no como de costumbre para trabajar, escribir ó estudiar música; emplearon el tiempo en comunicarse los temores que sentían. (Se continuará.)

## El museo Campana.

LAS TIERRAS COCIDAS. — LOS CRISTALES.

La obra principal, el *capo d'opera* del museo Campana, es seguramente la tumba etrusca, monumento excepcional que no tiene su analogo en ninguna otra colección. Sobre un lecho formado de pieles de animales hinchadas de aire, están tendidos, con el cuerpo medio levantado, dos personajes, un hombre y una mujer; en tanto que el hombre dirige su mano izquierda hacia la mujer que le arroja perfumes, con su brazo derecho rodea á su compañera. Sus cabellos, dividi-

dos en finas trenzas, caen sobre sus hombros. Su vestidura deja á descubierto sus brazos y lo alto de su cuerpo. En cuanto á la mujer, adornada su cabeza con una especie de tiara asiria llena de arabescos, su cabellera se esparce por su seno en largas trenzas; un vestido de muchos pliegues cubre el bajo del cuerpo, y en sus piés tiene un calzado que recuerda el de los tartaros y los chinos modernos. Ante estas dos figuras que tan exactamente reproducen el tipo asiático, el problema del origen de la nacion etrusca parece recibir inmediatamente su solución. No tratemos de compulsar los textos de los poetas y de los historiadores sobre esta importante cuestion; no nos preguntemos mas si los etruscos son autoctones ó si vinieron de lo alto de Italia; los monumentos han hablado; la vestidura, las facciones de esas dos estatuas singulares son las de los pueblos del antiguo Oriente, y sin embargo, ese grupo ha sido hallado bajo un tumulo de la antigua metrópoli etrusca de Agylla. La analogia, casi se podría decir el parecido, salta á los ojos: ya no cabe duda. Virgilio y Séneca tenían razon, y la cuna de los etruscos fué el Oriente. Hé ahí el primer interés que presenta ese precioso sarcófago. Pero además, gracias á él, podemos darnos cuenta asimismo de la superioridad de los etruscos en el arte de modelar la tierra. Ciertamente, ese grupo es contemporáneo de la fundación de Roma, y no obstante, qué maestría, qué delicadeza, qué acabado en esa obra; cuánta gracia y verdad en las figuras que salieron con vida del molde del artista. A la diestra mano de los obreros de la Etruria, Roma confiará las primeras estatuas de sus dioses y de sus héroes. En tiempos de Tarquino el Antiguo, los artistas etruscos hacen en tierra cocida la estatua de Júpiter y la de Hércules, la quadriga colocada en lo alto del templo de Júpiter, y otras obras que nos sería imposible citar. El arte del escultor en tierra, que inauguró gloriosamente la superioridad de los obreros de Vulci, de Cœre y de Tarquinias sobre todas las ciudades de la Italia, estuvo largo tiempo en favor. Aun en la época de Pericles se estimaban sus productos en Atenas; en tiempos de Catón, de Augusto, y aun á fines del imperio, estas graciosas obras se buscaban con particular empeño. No hay que despreciar este arte tan abandonado actualmente; recorriendo las galerias del museo Campana, viendo esas tumbas donde hombres y mujeres duermen medio tendidos en sus sarcófagos, esos bajo-relieves y esa multitud de estatuillas, se comprende cuánto son múltiples y variados sus productos. Tenemos ahí no solamente el arte de la Etruria, sino el de la Campania y el de la Grecia: la colección es completísima.

La tierra cocida es la moneda corriente de la estatuaria griega: es el boceto rápido, la reproducción barata de las obras de mármol y de bronce. Ese pueblo, que tiene la pasión del arte, necesita el arte al alcance de todas las fortunas; cada cual, á falta de las estatuas de mármol ó de bronce que decoran el atrio de los ricos, desea al menos sus figurillas de tierra. Y no se crea que el arte es mas inferior porque la materia sea menos preciosa: para convencerse de esto, basta echar una ojeada á esas estatuillas de mujeres elegantemente cubiertas en sus ropajes; esas victorias aladas, esos faunos y esos sátiros. Todas esas obras son de una admirable ejecución: diríase que es el arte del grabador en camafeo ejercitándose en la tierra. ¿Quién no se ha de admirar en efecto, al ver esa máscara de fauno que tiene la perfección de los mas bellos mármoles de la Grecia; ese busto pintado del emperador Lucio Vero; esos jarrones de Canosa en los cuales quemaban perfumes, y que presentan en su cuello, en sus asas y en su vientre estatuillas aladas, *pegarias* llorando, caretas de Mercurio, esos canapés con cabeza de mujer, esos ritones con cabeza de mula, esas cabezas de negros canéforos con su larga barba negra en forma de abanico, que ha reproducido nuestro dibujante? Pero es preciso pasar á otros objetos; tanto mas cuanto que no hemos dicho todavía lo que esas tierras cocidas nos enseñan de los detalles de la vida entre los antiguos. Ese arte, que traza y modela todo lo que encuentra, obra de otro modo que el arte principal, el arte solemne y severo; se detiene en las costumbres populares, y á veces toca á la caricatura, como lo prueban esas máscaras grotescas, esos jinetes que se caen del caballo, esos animales y hasta esos títeres con los miembros dislocados. Y cuando la tierra cocida se ha prestado así á todos los caprichos del artista, se hace bajo-relieve y se emplea tanto en el interior como en el exterior para el adorno de la casa.

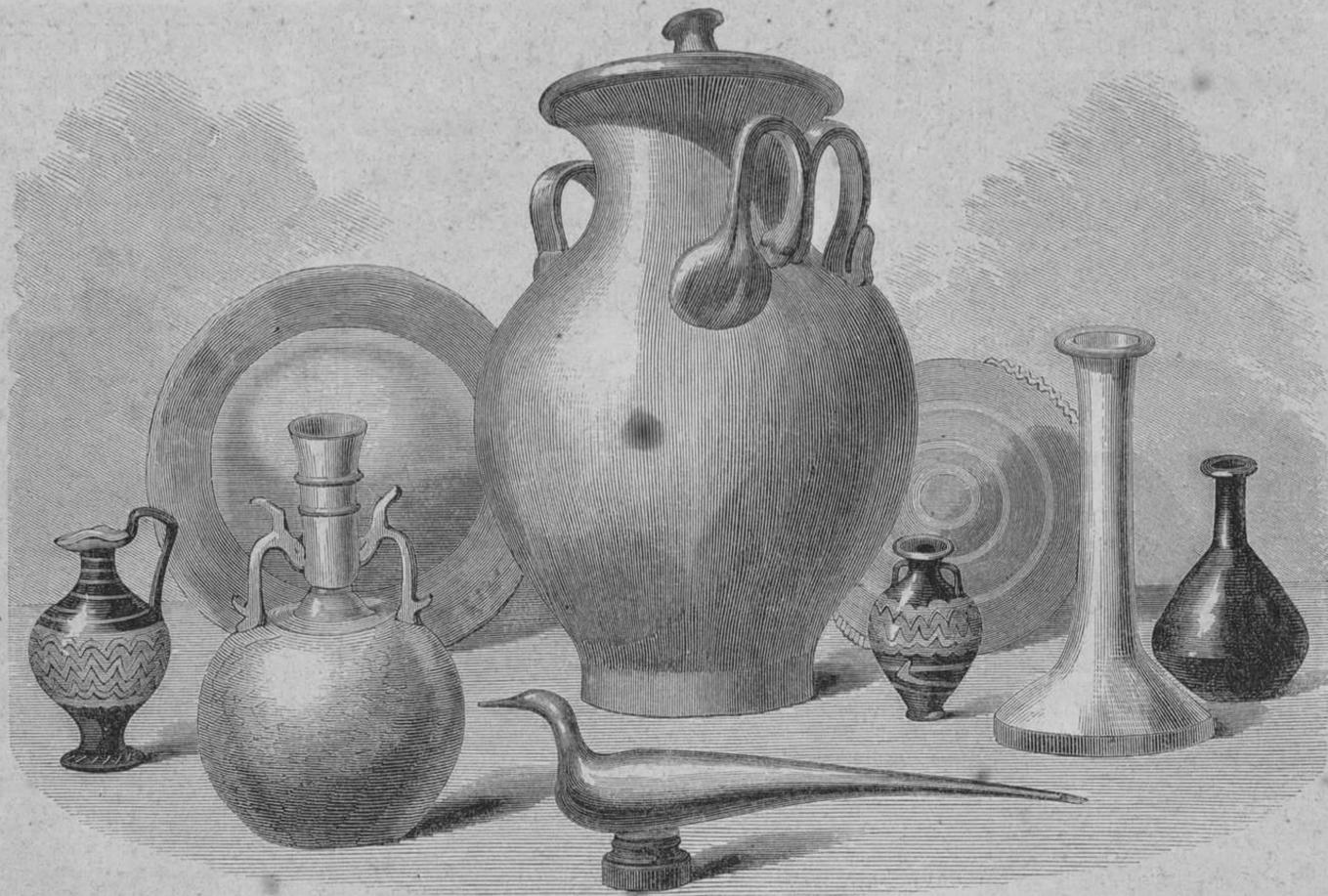
El museo Campana es sumamente rico en esa importante serie. Esos frisos á que aludimos se desarrollan sobre las paredes de dos vastas salas. Entre esa cantidad de obras, muchas de ellas repetidas, las hay de una perfecta ejecución. Mitos religiosos, fabulas poéticas, leyendas, usos, todo está explicado en esos bajo-relieves, que son un curso de mitología y de historia griegas. Citemos entre tan bonitos objetos, los trabajos de Hércules; los Coribantos pegando sobre sus escudos y ahogando con el ruido de sus armas los gritos de Júpiter, niño suspendido del pecho de su nodriza; la leyenda de Ulises; el Aquiles sosteniendo á Pentésilea herida de muerte; la disputa de Apolo y de Hércules; Minerva presidiendo á la construcción del primer navio; los sátiros de rodillas haciendo las vendimias, y sobre todo esos dos sátiros cara á cara, tomando con sus manos una vasija, y tratando de beber el agua del cántaro. A pesar de todo mi deseo de ser breve, no puedo menos de citar una copa colocada sobre el escarapate redondo que está en el centro de la sala de los bajo-relieves.

Entre los amores que corren sobre su primera zona,

la Vénus Anadiomena tuerce su cabellera; en la segunda banda hay máscaras de Sileno mezcladas con ramas de viña y racimos de uvas. Esta obra es uno de los monumentos mas raros y preciosos de la coleccion de tierras cocidas, cuya riqueza apenas hemos podido indicar en las lineas que preceden.

Pasemos a los cristales. — Al ver todas esas obras de tantos colores, unas blancas opalizadas, otras azules, amarillas, verdes ó violado oscuro, con manchas blancas, con sus cuellos ya largos y estrechos, ya en pico de trébol, con sus vientres lisos ó acanalados; al ver todas esas copas, esas *scutellæ*, esas urnas, esos frascos, esas ánforas cuyo cristal está atravesado por filetes amarillos, por bandas de ornatos de diversos colores, se pregunta uno si el

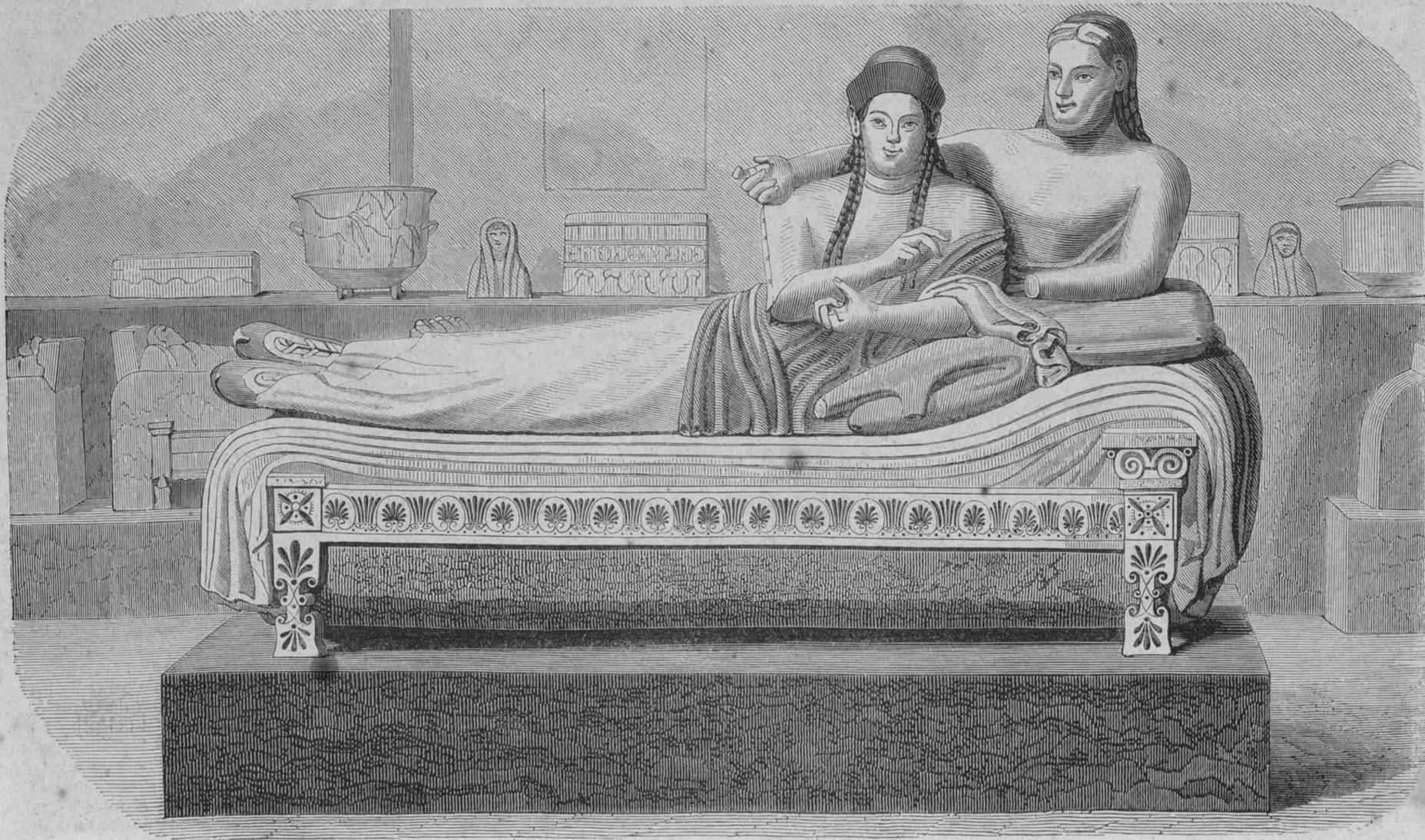
arte de la cristalería veneciana ha sido superior, al menos en esos procedimientos, al arte antiguo. En el museo Campana encontramos las *vetri fiorati* de Murano. — Pondré por ejemplo dos copas sin asas, de fondo amarillo sembrado de estrellas color de violeta: ¿por qué medios obtenian los antiguos ese curioso resultado? ¿Cómo lababan esa taracea en la pasta del vidrio? Según M. Labarte, que en un capítulo de su catálogo Debruge se ha ocupado de la fabricación de esos frágiles objetos, esas vasijas se formaban con un mosaico de trozos de varillas de cristal. El mismo procedimiento ponian en práctica y emplean actualmente las fabricas de Murano. *Nil sub sole novum*. ¡En tantas cosas nos han adelantado los antiguos!  
H. L.



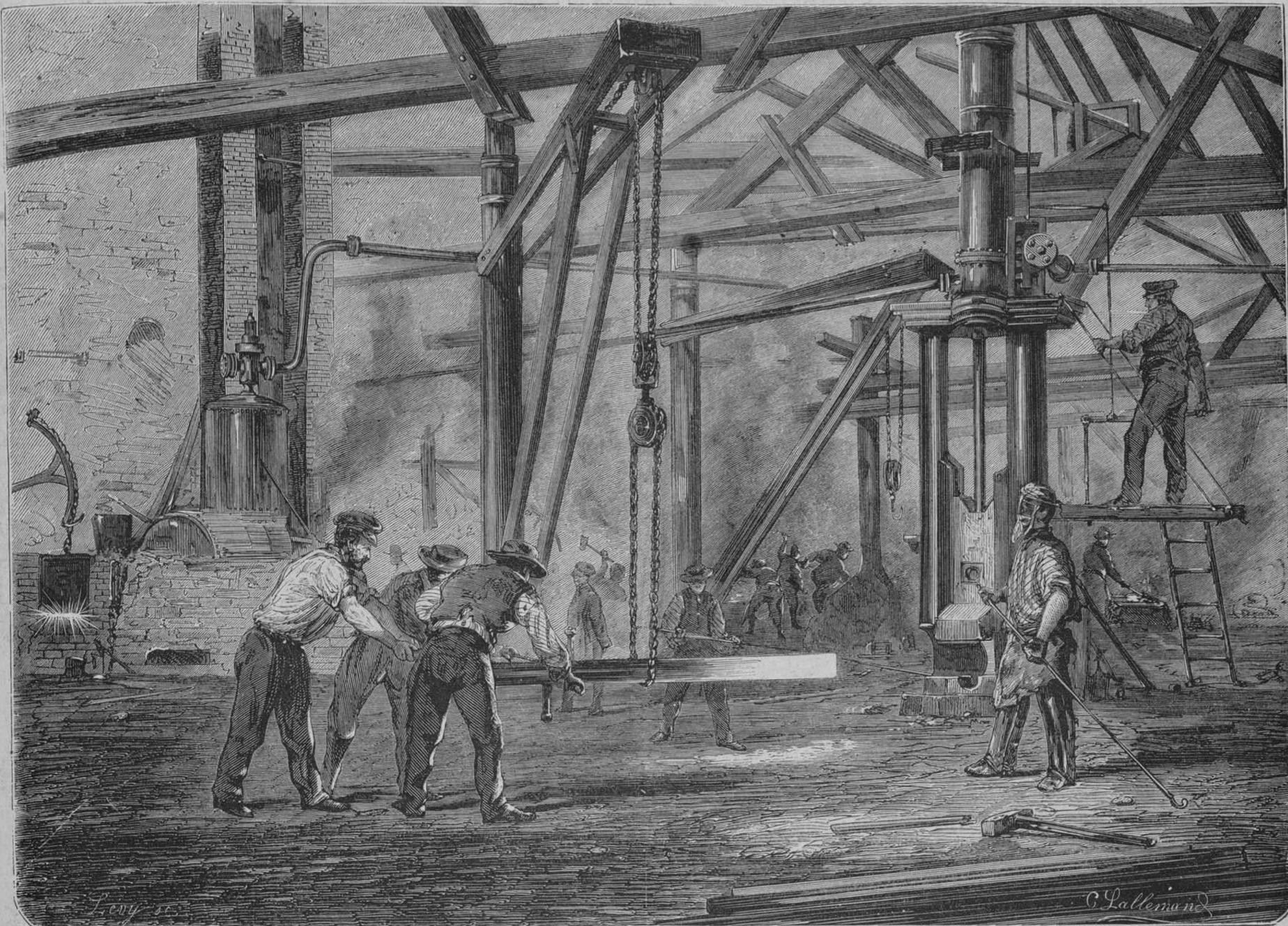
Museo Campana. — Cristalería.



Tierras cocidas antiguas — Tipos varios.



Sepultura etrusca.



Sociedad Petin, Gaudet y compañía. — Establecimiento de Rive-de-Gier : obreros martillando los ejes.



Sociedad Petin, Gaudet y compañía. — Fábrica de acero de Assailly : la fundición.

**Las industrias de la cuenca del Loira.**

ESTABLECIMIENTO DE RIVE-DE-GIER.

(Continuacion. — Véase el número anterior.)

Rive-de-Gier es el centro de la poderosa compañía que dirigen MM. Petin y Gaudet. Esta compañía posee: 1º, una fabrica en Toga (Córcega) compuesta de tres altos hornos para la fabricacion de hierros con leña, y once fuegos de purificacion para la fabricacion de hierros con leña; 2º, varias fabricas en Vierzon, Clavieres, Conneau y dependencias (Cher), compuestas de nueve altos hornos para la fundicion con madera; treinta y cinco fuegos de purificacion para los hierros con leña, y una fragua a la inglesa para la fabricacion de hierros laminados con madera; 3º, una fabrica en Persans, cerca de Paris, para la fabricacion de resortes de wagones y de carruajes, y de diversas piezas para coches; 4º, dos concesiones de minerales de hierro en la isla de Cerdeña, en Perda Mica y en San Michel; 5º, una fabrica en Saint-Chamond (Loira) que comprende tres fraguas a la inglesa para la fabricacion de hierros laminados en grueso para bandajes sin soldadura propios para las ruedas de wagones y de locomotoras, para hierros finos en barras, rails de acero puddlé y de acero fundido, para placas de grandes dimensiones destinadas al blindaje de buques, etc., etc.; posee setenta hornos puddler con hulla, veinte y cinco hornos de calentar, un taller para la construccion de ruedas de ferro-carril y una fundicion general; 6º, en fin, dos establecimientos en Assailly y en Lorette (Loira) para la fabricacion de aceros fundidos en barras de todos tamaños, en placas, en piezas a martillo, etc. Estas dos fabricas pueden producir hasta cuarenta toneladas por dia. Lorette se va a ocupar de la fabricacion de resortes para wagones de ferro-carril.

Tal es la enumeracion de los establecimientos de MM. Petin y Gaudet. Ya hemos dado algunos detalles sobre las fraguas de Saint-Chamond y las fabricas de acero de Assailly; para completar nuestro trabajo sobre esta rica compañía, solo nos falta suministrar algunas noticias sobre el conjunto de estas operaciones.

MM. Petin y Gaudet hacen negocios cada año por mas de 30 millones de francos. Sus operaciones crecen con los desenvolvimientos que aplican sin cesar a las fabricas enumeradas. Los movimientos de materias primeras y de productos que efectúan en el Mediterráneo y en los ferro-carriles son considerables. Estos industriales ocupan toda una flota en el Mediterráneo para el transporte de los minerales en bruto de Cerdeña a los altos hornos de Toga, y para el transporte de las fundiciones y de los hierros de Toga a Marsella. Sus wagones cargados de metales, de combustibles y de productos fabricados, obstruyen las estaciones de las lineas del Mediodia. Se valuan en dos millones y medio de francos los gastos de transporte que pagan anualmente.

Esta prosperidad se debe en parte a los buenos empleados que han sabido encontrar MM. Petin y Gaudet. Uno de sus contramaestres, M. Potdevin, fué condecorado en la Exposicion universal de 1855.

La compañía se formó con el capital de 27 millones; y a pesar de sus numerosas cargas, a pesar de sus considerables gastos de administracion por causa de la division de sus establecimientos, las acciones de 500 francos no dan nunca menos de 70 francos, lo que constituye un interés de 40 por 100, que se debe a la actividad y a la inteligencia de sus dos directores.

Los obreros empleados por la compañía en sus diversos establecimientos, alcanzan al número de ocho mil. La mitad de ellos trabajan en las fabricas, y los restantes se emplean en la extraccion y transporte de las materias primeras, y en la expedicion de los productos fabricados. Y es de advertir, que no contamos aqui a los marinos que ocupa el transporte, y a los individuos ocupados indirectamente, como los carboneros en Córcega, los mineros que sacan la hulla, etc. Entrando en estos capitulos, quizá se podria consignar que MM. Petin y Gaudet ocupan 30,000 individuos. De los 30 millones que recibe cada año como precio de sus ventas, distribuye al menos de 6 a 7 millones entre sus operarios. Hé ahí un capital bien empleado. Por una parte hace vivir a un número considerable de trabajadores; por otra, lanza en la circulacion productos muy necesarios para los ferro-carriles y la marina, y que les seria difícil procurarse en otros puntos. En tales circunstancias, ¿no se podria decir que la compañía Petin y Gaudet se eleva en cierto modo a la altura de una institucion pública?

**LAS FABRICAS DE ACERO DE ASSAILLY.**

Entre Saint-Chamond y Rive-de-Gier, a pocos minutos del ferro-carril de uno y otro de estos establecimientos, MM. Petin y Gaudet han instalado sus grandes fabricas de acero.

Para dar desde luego a nuestros lectores una idea de la importancia de esta fabrica, debemos decir que no hay otra ni en Francia ni en Europa, donde se puedan fundir lingotes mas gruesos.

Los detalles en que vamos a entrar relativamente a la fabricacion del acero son por demas curiosos. El acero fundido es una materia que apenas conocida hace veinte y cinco años, tiene en el dia inmensas aplicaciones, gracias sobre todo a los esfuerzos de MM. Petin y

Gaudet. Decimos mas aun: que se hallen mañana procedimientos mas económicos y prontos para la fundicion del acero, y al punto el acero fundido reemplazara casi por todas partes la fundicion y el hierro.

Unicamente su elevado precio es un obstáculo, y limita el empleo del acero fundido; pero MM. Petin y Gaudet han ejecutado en los últimos diez años tantas cosas que habian parecido imposibles, utópicas, irrealizables, que no dudamos que su inteligencia y su osadia les hagan salir victoriosos en la lucha que han empeñado sobre ese punto, para el bien general de las industrias y del consumo.

El artículo mas costoso para la fabricacion del acero fundido es el *crisol*. La fabricacion del crisol es pues un verdadero ramo de la fabricacion del acero fundido, y por lo tanto no carecen de interés algunos detalles sobre este importante accesorio.

Assailly consume cada veinte y cuatro horas de 500 a 600 crisoles, y debe tener siempre de antemano una provision para mas de dos meses, a fin de que se sequen como es debido. Cada crisol que sale de la fabrica cuesta unos 2 francos 50; es el precio ordinario en la comarca. Luego hay que recalentarle en un cuarto a 22 grados para almacenarle. En Assailly le ponen a cocer en hornos de llama rollada. En este estado, cada crisol cuesta por término medio 3 francos, y dura tres coladas en los hornos de coke, y cuatro en los de hulla. Los crisoles de los hornos de coke dan cada vez 18 kilos de acero fundido, ó sean 54 kilos en toda su duracion. Los crisoles de hornos con hulla dan 20 kilos cada vez, ó sean 80 kilos en todo su servicio. Por estas cifras se ve que los crisoles figuran por cierta cantidad en el coste del acero.

Por eso todas las fabricas tienen un taller donde se hacen estos recipientes. La tierra que emplean la sacan de Courpieres (Puy-de-Dome) y es refractaria hasta el último extremo. Cuando rompen un crisol que ya ha servido, presenta todos los caracteres de las lavas basálticas de la cordillera del Puy-de-Dome. La tierra de Courpieres puesta en la fabrica, cuesta de 6 a 7 francos los 100 kilos.

La preparacion no es igual en todas las fabricas. Generalmente practican mezclas en las cuales el cuarzo, los crisoles viejos y el ladrillo refractario, entran por determinadas cantidades. Compuesta así la materia primera, la pasan por el malaxor a fin de hacerla mas homogénea. La pasta se pone en pilones antes de ser vaciada, y baten fuertemente estos pilones a fin de extraer el aire que podrian contener. Sin esta operacion, los crisoles tendrian bultos y no serian tan buenos. Los pilones de un peso de 18 a 20 kilos, se ponen en el molde que untan con aceite, a fin de que la pasta se deslice mas facilmente; un obrero puede hacer ochenta crisoles en diez horas de trabajo, pero necesita tres personas para batir la pasta.

Los medios de produccion de que dispone la fabrica de Assailly son considerables; posee diez y ocho hornos de cementar, que contienen 33,000 kilos cada uno. Recibe crecidas cantidades de aceros puddlés de las fraguas de Saint-Chamond; tiene a su disposicion un crecido número de hornos para fundir cada dia hasta 50,000 kilos de acero, y puede vaciar lingotes de 15 a 16,000 kilos. Seguramente, ni en Francia ni en Inglaterra hay un establecimiento semejante.

Como las fraguas de Saint-Chamond, las fabricas de acero se distinguen por su coleccion de aparatos y herramientas, que no deja nada que desear. Esta coleccion comprende seis máquinas de vapor de la fuerza de 200 caballos; varias ruedas hidráulicas que marchan de siete a ocho meses durante el año, y que representan 80 eaballos de fuerza; 18 hornos de cementacion; 40 hornos de fundir acero, alimentados por la hulla, y 40 idem alimentados por el coke; finalmente, hay doce hornos de calentar. Los lingotes de acero son transformados por 3 martillos-pilones, 8 martillos de cola, 3 trenes de hierro batido, y 2 trenes de laminadores. Toda esta maquinaria se halla a la altura de los descubrimientos mas recientes, y ocupa 300 operarios.

Lo mucho que se estima el acero fundido, su empleo cada dia mas frecuente en las artes industriales, su coste muy elevado aun, la necesidad de reducir el precio de fabricacion para luchar un dia ventajosamente contra los ingleses, son otras tantas causas que mueven en Francia a los hombres de ciencia a estudiar la formacion y la fabricacion de ese metal. Por eso en estos últimos tiempos la Academia de ciencias ha tratado con empeño particular la cuestion de los aceros, y de las opiniones que en su seno se han emitido, resulta que la teoria ha dado un gran paso en la cuestion; pero en la práctica preciso es contentarse por ahora con los procedimientos conocidos, sin ocuparse de si es el carbono ó el azoe el que concurre a la formacion del acero.

El establecimiento de Assailly no es en cierto modo mas que una fabrica de materia primera, donde pasa el acero por las elaboraciones indispensables, para que pueda servir a las industrias que le transforman en distintos objetos. De ese modo se divide el trabajo metalúrgico. Con su especialidad, la fabrica de acero de MM. Petin y Gaudet es la mas importante de Francia, sin que tenga rival ni en Alemania ni en Inglaterra. En el estado actual puede producir 35 toneladas de acero cada dia, y en breve podra dar hasta 50.

Desde hace diez años MM. Petin y Gaudet han extendido considerablemente el círculo de la fabricacion y del empleo de los aceros. Antes los aceros solo se empleaban para la cuchilleria, la herreria de corte y la quincalleria fina; pero estos entendidos industriales los han aplicado a las gruesas piezas de fragua, tales como

ejes derechos y acodados, gruesas cañas de émbolos, ruedas de wagones, bandajes, corazas para el ejército, rails de caminos de hierro y otras obras gruesas de mecánica, teniendo tambien la primacia en la aplicacion de las placas de acero fundido a las calderas de máquinas de vapor. Importa echar una ojeada retrospectiva sobre los diferentes usos que ofrecen nuevas condiciones a las grandes industrias.

Los descubrimientos de MM. Petin y Gaudet se hicieron públicos en 1855 cuando la Exposicion universal, en la que presentaron bandajes sin soldadura, ejes derechos y acodados, placas de blindaje, cañas de émbolo, y varias obras menudas que demostraban cuán maleable es el acero fundido; pero como la actividad de estos fabricantes no se cansa nunca, de entonces al dia han hecho nuevas aplicaciones con el acero fundido. Una de las mas útiles es la reduccion de peso obtenida por el empleo de las gruesas piezas de mecanica construidas de acero fundido, tales como ejes derechos ó acodados, árboles de hélice, bandajes, etc.; mas ligeras que las de hierro, estas piezas son mucho mas solidas y ofrecen mayor resistencia.

Pero sobre todo en la fabricacion de corazas para el ejército, es donde el acero fundido, comparativamente mucho mas ligero que el cobre y el hierro, debia hallar una aplicacion útil. Las antiguas corazas se hacian por mitad de hierro y de acero; las nuevas son todo de acero, y su peso se ha reducido a 2 kil. y medio, en vez de los 7 kilos que antes tenian. Sometidas a las pruebas de reglamento, han resistido a la bala, en tanto que las antiguas se dejan penetrar. Por consiguiente, en cuanto a ligereza y resistencia, las corazas de acero son preferibles, y así es que el emperador las ha adoptado para la guardia imperial y los ingenieros, mientras se extiende su uso a todo el ejército, lo que ha de suceder en breve.

Una aplicacion mas osada todavia es la fabricacion de calderas de vapor con el acero. Si la placa de acero resiste al choque de las balas, ¿porqué no resistiria igualmente a la presion del vapor?

Además, el acero no se altera al contacto del agua del mar, ni sufre abolladuras, ni exfoliaciones, ni incrustaciones; no está sujeto a desvíos como el hierro, pesa la mitad menos, y con un grueso igual ofrece doble resistencia. Despues de haber hecho constar estas ventajas, MM. Petin y Gaudet han sacado privilegio para esta nueva aplicacion.

**ESTABLECIMIENTO DE TOGA, EN CORCEGA.**

Para completar la descripcion de las minas y de los establecimientos de la compañía Petin y Gaudet, tenemos que decir algunas palabras de las fabricas de Córcega, situadas en Toga. Estos establecimientos, que solo estan separados de la mar por el camino imperial del cabo de Córcega, ocupan en las dos orillas del arroyo el Toga una superficie de cuatro hectáreas.

Las fabricas de Toga contienen 3 altos hornos de leña y 6 fuegos de purificacion ó fraguas couthoises, así como tambien todos los accesorios necesarios, máquinas de fuelle, hornillos, martillos-pilones, etc.

Los tres altos hornos que trabajan exclusivamente con carbon de leña, han producido en 1861, 14,000 toneladas de fundicion.

Las fraguas couthoises han dado 750 toneladas de hierro martillado, purificando unas 1,000 toneladas de fundicion de la fabrica.

Estas diversas fabricaciones ocupan un personal de 200 hombres y 30 mujeres.

El consumo de mineral en bruto ha sido este:

|                                      |
|--------------------------------------|
| 13,700 toneladas de la isla de Elba. |
| 6,800 id. de Bona en Argelia.        |
| 4,600 id. de España.                 |

El almacenaje de combustibles, mineral, etc., y el transporte de las fundiciones al continente, han necesitado la entrada ó la salida en el puerto de Bastia, de 559 buques cargados de unas 6,200 toneladas de mercancías diversas.

De estos 559 viajes, 46 han sido efectuados por buques franceses pertenecientes a la compañía del puerto de Bastia; 155 por buques franceses de ese puerto; 223 por buques franceses del continente; 135 por buques extranjeros con bandera italiana.

Terminaremos esta descripcion de la importancia de las fabricas de Toga, señalando el número de personas que en ellas se ocupan.

|  |       |
|--|-------|
| La fabrica, segun hemos dicho, cuenta.                     | 230   |
| El carbon de leña y su transporte. . . . .                 | 1,150 |
| Los marinos ocupados al año, a razon de 70 buques. . . . . | 560   |
| Total. . . . .   | 1,940 |

Creadas desde hace pocos años las fabricas de Toga, han hecho aumentar ya sensiblemente la poblacion de Bastia.

Por el conjunto de los interesantes pormenores que preceden, nuestros lectores han podido echar de ver cuán grande es la obra debida al genio, a la voluntad y al valor de dos hombres. Puede decirse que MM. Petin y Gaudet son la verdadera personificacion del progreso de nuestra época. ¡Adelante! ¡siempre adelante! Tal es su divisa.

C. L.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — La casa Gagelin en Londres. — Un manto de corte. — Confecciones parisienses. — Dos vestidos sin rival. — Un traje de novia. — Los vestidos del mes de mayo. — Los sombreros de estío. — Sombreros de campo y de baños de mar. — El sombrero Emperatriz. — El sombrero Marino; el sombrero Page. — Descripción del figurin, que representa un traje de campo y un traje de visita.

La casa Gagelin acaba de enviar á Londres todas las glorias artísticas de la industria parisiense. La Inglaterra no se sorprenderá, antes sabrá apreciar debidamente estas obras de fantasía, pues cada temporada el alto comercio de Londres hace á la casa Gagelin tributaria de todos sus modelos reproductores. Al fotografiar aquí las novedades artísticas de Gagelin, voy á exponer la suprema elegancia de la moda.

Primero citaré un manto de corte *gala*, para grandes recepciones imperiales y reales. Es un manto de hada bordado de oro mate y seda blanca, figurando una gran variedad de puntos diferentes, y que imita el relieve del cincelado en las obras de platería.

El corte es nuevo. No es ya el manto clásico de Carlomagno, ni el de Napoleón I, ni el de Carlos X, sino una creación que pinta nuestra época, tan caprichosa y artística como lo fué en tiempo de los Médicis.

Después tenemos las siguientes confecciones, que servirán de tipos y de modelos á todos los países del mundo.

*Princesa Alice*, de tafetan gris, muselina adornada con ruches y guipure. El adorno de esta confección es indescriptible. El rizado de las ruches tiene la suavidad aterciopelada del chinchilla. El ornato es de Gagelin, y está dicho todo.

*Siciliana* de terciopelo rubí con adorno de rico encaje de Chantilly que describe una coca en la espalda, y los volantes llevan una ancha banda de terciopelo que se destaca de la confección á la altura del talle.

*Kaik* de tafetan antiguo negro, adornado de anchos medallones de tafetan pensamiento, cubiertos de encaje negro y separados por ramitos de violetas de tafetan recortado que simulan la flor.

*Stella*, salida de teatro de tafetan rosa con cocas de blonda; es una preciosa esclavina que en nada se parece á los albornoces y las demás salidas de baile.

En cuanto á vestidos, voy á señalar dos lindísimos.

El primero es un traje de baile, y se compone de una primera falda de tul blanco con bullones, guarnecida de girandolas de tafetan azul y blanco, y de ramas de rosas mezcladas con flores blancas y follaje. Sobre esta falda flotan tres túnicas de tul azul recogidas en pouff Tancret, por una cadeneta rizada azul y blanca. El cuerpo de tafetan y de tul azul, está lleno de rizados de tul blanco con guarnición de anillos de tafetan. Un cinturón de flores describe un lazo en medio del pecho y se anuda en torno del talle.

El otro vestido, para visitas y comidas, es de tafetan malva con un volante rizado hácia abajo. Unas cocas de tafetan malva de blonda muy rica y de listitas de terciopelo negro describen draperías al rededor de la falda, y la recogen por un lado á la Watteau. Cuerpo de punta redonda con cinturón florido de tafetan, blonda y terciopelo prendido por detrás con puntas sueltas. Las mangas llevan un adorno adecuado. Son anchas y figuran sobre el brazo una manga estrecha; tal es el prestigio de Gagelin, que hace ver lo que no existe.

Puesto que estoy en los vestidos, seguiré enumerando las primicias de la moda para la estación de primavera, y principiaré por un traje de novia.

No sé si mis amables lectoras de ultramar usan para el día de su boda el traje adoptado en París: por si así fuera, hé aquí uno de los mas elegantes:

Vestido de tafetan blanco orlado con un rizado sobre el cual se sobreponen tres volantes de punto de Inglaterra. El cuerpo alto y abotonado, lleva anchas mangas orientales que caen hasta media falda, y de ellas se destaca una pequeña manga afollada de tul, cerrada en la muñeca por una vuelta de Inglaterra. El cuerpo escotado para traje de noche, tiene draperías de tafetan adornadas de encaje.

— Un vestido de tafetan verde adornado con un ancho bordado al plumetis y al pasado en la orla de la falda. Este bordado lleva á cada lado pequeñas ruches al sesgo.

— Un vestido de baile gro de Atenas, color de rosa, con un volante de Inglaterra sostenido en girandola con ruches de crespon rosa.

— Un vestido de gasa de Chambéry, fondo blanco, de cuadritos negros con manchitas maiz y negro y guarnición de pequeños volantes rizados sobre la falda. Cuerpo alto y escotado sobre el pecho. Chal con galon negro y maiz.

— Traje de viaje de foulard indio color de salmon, forma Imperio, es decir, al sesgo y sin costuras en la cintura, con adorno de galones y botonadura del mismo estilo. Pequeño paletó parisiense de foulard indio.

— Un vestido de tafetan violeta de Parma con gruesos bullones boca de lobo en la orla de la falda. Canesú de muselina blanca, plegado á guisa de cuerpo, con cinturón catalán de cinta malva que forma cuerpo y tirantes.

Al detallar todos estos vestidos con sus caprichosos adornos, he examinado lo mas encantador que ha producido la moda en esta temporada.

Pasemos á los sombreros.

Hé aquí los del mes de mayo, el mes de las flores.

Un sombrero de paja de arroz con una blonda sobre el ala que cae en dos pequeños fichos en el interior, con una camelia blanca. Por adornos este sombrero no tiene otra cosa que el espíritu del pájaro del Paraíso, es decir, las alas flotantes.

Un sombrero Princesa de paja de arroz, con cintas rosa veladas de blonda que forman coca sobre el bavolet, dejando caer tres capullos cortados con su tallo. En el interior lazo de encaje y de capullos.

Un sombrero de paja de Italia con pluma Ana de Austria sujeta por una cinta de terciopelo negro. El bavolet de terciopelo negro está cortado por una guipure de paja. El interior se compone de un lazo de encaje y de una pequeña pluma blanca. Cintas de terciopelo.

Un sombrero de crespon blanco ribeteado de terciopelo negro con rizado de cinta maiz. Una gruesa rosa maiz con su follaje y sus capullos va prendida al borde del casco con una cinta negra de terciopelo.

Un sombrero de jóven de crespon y tul blanco con ruche de pequeñas margaritas de los prados veladas con un rizado de tul. Sobre el lado ramillete de margaritas encerradas en draperías de tul prendidas con florecillas azules. En el interior capullos, margaritas y florecitas azules.

Y para cerrar la lista de las modas del día, un sombrero *Emperatriz* para traje de parque y de casa de campo.

Es un sombrero redondo y pequeño de paja de Italia cocida, adornado con un terciopelo punzó en derredor del casco, que se anuda en forma de lazo de corbata sobre el ala, y sostiene una agujeta de capullos purpurinos con follaje y copos de pluma blanca.

Para el campo se hacen sombreros especiales.

El sombrero Marino, cubierto de tafetan negro con pouff de tafetan negro y ramillete de geranio purpurino en matas de yerba. Al rededor del ala un velo Clotilde cubre el sombrero y cae en punta por detrás y por delante.

Otro sombrero de la misma forma de paja negra con pluma blanca y faja de encaje negro que cae por detrás con puntas sueltas.

Otro sombrero marino de paja blanca con faja de encaje que enlaza un ramillete de flores silvestres.

Un sombrero Page un poco alto de forma, de paja negra, con cordón de terciopelo purpurino y copos de plumas blancas que caen en penacho sobre la frente.

Un sombrero Watteau, de paja blanca forrada de rosa, con velo de Chantilly, que se anuda en corbata por detrás y da sombra al rostro. Todo el delantero del ala es un ramillete de rosas.

Ahora que he dicho ya cuanto hay que decir sobre las modas del mes de mayo, pasemos á la descripción de nuestro figurin que representa trajes de campo.

El primero es un vestido de tafetan gris adornado de distancia en distancia con largos broches de tafetan ribeteados de azul. El cuerpo escotado en forma de corazón va guarnecido con un fichu que se cruza en punta. Mangas de codo con bocamangas, y volantes. Camisolín con valenciennes. Mangas interiores de codo con bullones de muselina y rizado de valenciennes. Sombrero campestre de paja de Italia, en forma de campana, ribeteado de terciopelo negro y adornado con una larga pluma blanca torcida en espiral, acompañada de dos plumas negras. Un lazo de terciopelo con largas puntas flotantes puesto por detrás. Guantes de Suecia. Brazaletes artísticos. Babuchas de piel gris con ruches de blonda y de cinta azul.

El segundo traje (de paseo) se compone de un vestido de tafetan malva adornado en el bajo de la falda con dos sesgos de tafetan violeta que cortan la tela. El cuerpo es de punta por delante, y por detrás forma faldetas postillon adornadas con un sesgo de tafetan malva que se continúa en derredor de la punta del cuerpo. La manga, de codo, está abierta por el lado. Cuello de bordado de Nancy. Mangas de muselina. Albornoz argelino de paño ligero gris claro. Sombrero de crespon violeta adornado sobre el ala con un bandó de pluma. Este bandó, sumamente caprichoso, está cortado por tres flores del mismo color que el crespon. Sombrilla de moaré antiguo del color del vestido, y botitas de cabritilla dorada abotonadas al lado.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Adios á...

Si eres el ser que en mi entusiasmo adoro,  
Porque te late el corazón por mí,  
Si por mí viertes tu abrasado lloro,  
Si tú me quieres cual te quiero á tí;

Tú que tienes tesoros de ternura  
En tu noble y hermoso corazón,  
Que siempre guardarás en tu alma pura  
Inmenso amor con que pagar mi amor;

No llores, no, mi ausencia en tu quebranto,  
Porque también mi corazón estalla,  
Y cae en él el fuego de mi llanto  
Sin romper de los párpados la valla.

Mas dame el alma con el beso ardiente  
Que me ha de dar tu postrimer adios,  
Pues si tu alma cual la mía siento,  
Por siempre unidas quedarán las dos.

CARLOS NAVARRO.

## Preocupaciones gastronómicas.

I.

Este artículo tendrá necesariamente algo de ministerial por lo *indigesto*, y porque su objeto es tratar de un recurso nuevo para comer. Pero por mas que adolezca de ese defecto, la verdad es que su lectura no podrá menos de ofrecer el mayor interés, tanto al que come para vivir, como al que solo vive para comer, atendido el importante asunto sobre que versa.

Se trata nada menos que de examinar si el caballo es tan bueno para comido como para corrido, y si podrá substituir con ventajas á la ternera, al pavo, á la perdiz, y aun á los caramelos y á los confites.

No tomen nuestros lectores á broma este aserto. Las naciones que van muy delante de la nuestra en cultura y civilización han dejado ya de discutir sobre el tema propuesto, y se han pronunciado por la afirmativa, llevando al terreno de la práctica las teorías de los hombres de acreditada ciencia y privilegiado estómago, haciéndolas extensivas á otros puntos todavía, si se quiere, mas raros é increíbles.

En el vecino imperio francés, y muy principalmente en la Argelia, es hoy la carne de caballo uno de los mas delicados platos, y aunque parezca fabuloso, es un hecho positivo que en el Jardín de Plantas de París se ha dado un banquete científico, en el que los mas célebres naturalistas han devorado con ansia á un pajaraco rarísimo, que por espacio de muchos años habia vivido allí expuesto á la pública curiosidad.

La carne de cuervo va aclimatándose poco á poco en los estómagos de Bélgica, y en honor de ese mal bicho que tan sucias cosas come en vida, se han celebrado igualmente en esta última nación espléndidos banquetes.

No nos extrañaría, por lo tanto, saber mañana que en Inglaterra se comen ya sanguijuelas escabechadas, y que los alemanes se alimentan de cotorras fritas ó de cimifas relleños.

La señal ya está dada. La revolución se halla sobre nosotros. La descomposición del estómago ha empezado, y de ahí pueden venir otras descomposiciones. Y si el caballo ha abierto la marcha como el mas dispuesto para el caso, tal vez arrastre en su carrera hasta las pulgas y las hormigas.

Pero volvamos á ese hermoso animal que nos aguarda sostenido en sola una pata y una oreja que le han quedado ilesas, y discutamos con calma y por principios sobre el tema que queda indicado.

Escuchen nuestros lectores con la misma serenidad, y no se acuerden, por si acaso, de lo último que hayan comido.

II.

No hay ciencia que en sus adelantos no tenga que luchar á brazo partido con preocupaciones inveteradas.

Victima el hombre de la rutina, en vano pugna la gastronomía por ensanchar el círculo de goces del paladar, la esfera de acción del estómago.

Así se ve, por ejemplo, que al paso que el europeo canta las excelencias de la perdiz, las recomendables prendas del capon de Vizcaya, rechaza con desden y con asco los glutinosos nidos de golondrinas, y los pintados lagartos, que constituyen las delicias de los chinos.

Y porqué, ¿acaso porque ofenden á la vista?

¿Pues qué, no devoramos la horrible ostra fresca, á la que de seguro no excede en fealdad el nido de golondrina, aun antes de limpiado? ¿Pues qué, no saboreamos con delicia la anguila del Tajo que parece una culebra dormida, no entre flores, sino entre una apetitosa salsa de almendra?

¿Y no es mil veces mas fea esa semi-culebra, que un precioso lagarto condimentado por un Lardy chino, con sus metálicos colores, sus reflejos de esmeralda, sus ojos de topacio y su esbelto y prolongado rabo?

Pues bien, á ese género de preocupaciones pertenece la que hace que mastiquemos con fruición una chuleta asada con tuétano en la parrilla, si nos dicen que es de vaca, y la tiremos con horror debajo de la mesa, si algún chino afirma en tono grave que es chuleta de yegua normanda.

La ciencia, uniéndose á los despreocupados fondistas que hace tanto tiempo que vienen dando á sus parroquianos con el éxito mas completo gato por liebre, se esfuerza en demostrar que Dios ha criado el caballo y el burro, no solo como un medio de locomoción, sino como un objeto de digestion provechosa.

Y cuenta que importa tanto mas trasladar el burro y el caballo de la cuadra á la mesa, cuanto que como medios de locomoción van quedando abandonados, pues que el vapor los reemplaza á pasos de gigante.

El día ya muy próximo en que la máquina de vapor ande habitualmente por calles y caminos (y esto ya se ha visto en Madrid): el día que la máquina de vapor are la tierra y recoga el grano (y esto ya se practica en Inglaterra); el día que existan para traer el yeso recuas de maquinillas de vapor; el día en que se vendan caballos de vapor de regalo y de puro mimo para pasear por la Castellana, y máquinas de vapor de carrera, ¿qué hareis, hombres rutinarios, del burro y del caballo, si no os lo coméis?

Escritores graves, españoles y extranjeros, han cantado ya las excelencias de la *hipofagia*; y si no, ahí tenéis á don Manuel Silvela, que no por ser alcalde de casa y corte dejaba de tener ingenio, que decia en su preciosa comedia *el Doctor Utrera*, lo siguiente:

TIO BRAULIO.

Pronto, pronto, que le esperan  
A usted, señor don Simplicio,  
Los señores de primera,  
Y mi abogado contrario  
Acabá ya su defensa.

Es un mozuelo maldito,  
Que con los químicos prueba  
Que hay en mis chorizos carne

De sapos y de culebras.  
Y si usted no va, me envían  
Por diez años á galeras...

Por Dios, señor don Simplicio,  
Que mi ruina es casi cierta,  
Que está el señor presidente  
Conmigo echando centellas,  
Porque compró, yo no sé  
Si tres ó cuatro docenas,  
Todas de... de...

DON SIMPLICIO.  
Ya lo entiendo.

TIO BRAULIO.  
Es que le dió...

DON SIMPLICIO.  
¡Friolera!

TIO BRAULIO.  
Señor, por Dios.

DON SIMPLICIO.  
Nada escucho;

Que mi alegato se lea,  
Donde pruebo que el borrico,  
A excepcion de las orejas,  
Es de fácil digestion.

Dia llegará en que  
el alegato de don  
Simplicio sirva de  
libro de texto en to-  
das las cocinas del  
universo descubierto  
ó que en adelante se  
llegue á descubrir.

En vano os obje-  
tarán el aspecto de  
un penco llevado al  
matadero como ca-  
paz de quitar el ape-  
tito á un hambriento.  
En vano se alegarán  
otras muchas razo-  
nes, mas ó menos  
aceptables, que no  
creemos necesario  
exponer en obsequio  
de la brevedad.

Esa armazon de  
flautas, ese plantel  
de botones de cal-  
zoncillo puede ser  
cebado por la cien-  
cia, y adquirir las  
formas esféricas que  
adora el gastrónomo,  
desde el pecho  
de su ama hasta el  
último embuchado  
de Candelario, que  
los dioses le perm-  
iten digerir.

Fuera pues pre-  
ocupaciones, y de-  
seemos de corazon  
el dia en que el pavo de Navidad, mezquino bocado de  
nuestros abuelos, desaparezca del centro de nuestras  
mesas, y permita que le reemplace, segun que se trate  
de una modesta comida de familia, ó de un concurrido  
banquete político, un tierno y dorado buche, ó un ce-  
bon de Utrera ó la Cartuja.

Y es mas; hoy que están agotados los adornos gas-  
trónomicos, que la mayonesa es una vulgaridad, la gal-  
antina un plato comun, el *vol-au-vent a la financiere* un  
producto al alcance de todos los prácticos, ¿no conce-  
bis qué novedad no introduciría, por ejemplo, una *su-  
preme de potro con espolines imperiales*? ¿No sería este  
adorno mil veces mas picante, que los pepinillos, acom-  
pañamiento obligado hoy de toda ensalada imperial?

No es esto decir que todos los caballos sirviesen para  
la mesa.

Esa raza especial creada por los ingleses, que no tie-  
ne mas que huesos y cartilagos, esos caballos de carre-  
ra, harian sin duda andar a ellas á los imprudentes  
que pretendiesen convertir su estómago en un hipódromo.

Fuera de esto, son infinitas las ventajas de la *hipofa-  
gia*; y entre ellas sobresale la de no tener que so-  
brecargar al soldado de caballeria con mucha provi-  
sion.

Una vez acostumbrados nuestros jinetes á ese alimen-  
to, á poco que el hambre apuntase, podrian sin mas que  
echar pié á tierra y desenvainar el chafarote, cortarse  
un beelteack á todo su gusto.

¿Pues y los bagajes, los modestísimos bagajes meno-  
res, qué importancia no adquiririan en una larga mar-  
cha por pais enemigo?

Todo esto, sin embargo, tendria algunos inconvenien-  
tes, y si no se reformaba la ordenanza del ejército, se  
introduciria el abuso, y sería de temer que llegado el  
caso de una revista de monturas, solo lo fuese de.....  
de herraduras.



M. Julio Beer.

Por lo demás, el mundo marcha, Pelletan lo asegura; la ciencia progresa, esto lo dicen todos los sabios; la química culinaria, la mas útil de la química se eleva, esto lo afirman todos los fondistas; y *Deo volente*, dia llegará en que la rata sea un manjar á la moda, la lagartija un *entremet* preferible á la anchoa, y en que pasando del fondo á la corteza, se comerá del caballo hasta la piel, y el verdadero gastrónomo se chupará los dedos con un par de botas de montar en salsa natural.

Lo que por ahora queda relegado al olvido, es la invencion de un famoso economista madrileño, que para aumentar las materias comibiles, ideó el pan de patata, sin reparar que tantas libras como hacia de pan, otras tantas suprimia de patatas, y sin notar que su invento acrecentaba los viveres, como los acrecentaria el mandar que la masa que se destinase á ros-cas, en lo sucesivo se consagrara á libretas.

V.

**M. Julio Beer, compositor.**

M. Julio Alfredo Beer, autor de una ópera que se ha estrenado recientemente en Paris titulada la *Fille d'Egipite*, es hijo de M. Guillermo Beer, astrónomo de mucho mérito, que traba-  
jó con Maedler en el excelente mapa de la luna publicado en Berlin en cuatro ho-  
jas de 1829 á 1836.

M. Julio Beer nació en Berlin el 7 de junio de 1830, y estudió la música bajo la direccion de M. Dehn, profesor prusiano de gran fama. Diez años hace que habita en Paris, y ha escrito ya y publicado muchas colecciones de *Melodias* y varias óperas de salon.

Si su primera partitura de teatro no es una obra maestra (¿quién ha principiado jamás con obras maestras?), contiene al menos algunas piezas de un mérito incontestable, y en otras se advierten excelentes gérmenes, que son otras tantas esperanzas para lo venidero.

G. H.



Puerta de la ciudad romana de Perigueux.

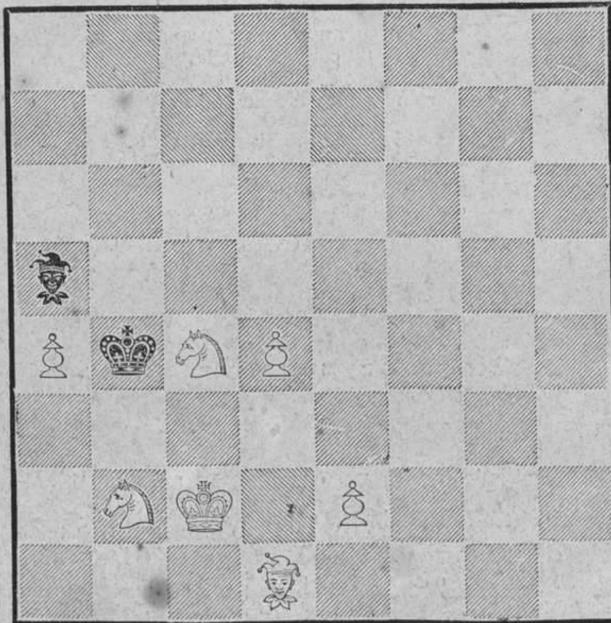
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 10.

- 1 C 4a C jaq.    2 P. 1 p. jaq.    3 Ra 5a ARa jaq.
- R juega        A come P.        P come Ra
- 4 T jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 11, POR OLLIVIERS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

**La puerta de la ciudad romana**

DE PERIGUEUX.

La sociedad francesa de arqueología ha dado un buen ejemplo: ha hecho practicar á su costa excavaciones en diferentes puntos de Francia, y cada dia esas obras producen nuevos é importantes descubrimientos. En Perigueux M. F. de Verneilh-Puirazeau, inspector de la sociedad, y M. Galy, conservador del Museo lapidario, han aprovechado la subvencion de 500 francos que les habia sido acordada para desenterrar y limpiar la puerta flanqueada de dos torres guarnecidas de pilares, por la cual se entraba en la ciudad en los siglos IV y V. Esta puerta y los muros que la acompañan, están formados de gruesos trozos de piedra calcarea, que anteriormente habian pertenecido á los monumentos de la poblacion romana, monumentos que fueron demolidos cuando hubo que construir las fortificaciones para libertarse de los ataques y rapiñas de los bárbaros del siglo IV. La mayor parte de esas piedras conservan molduras en las caras incrustadas en la pared, y en ellas se reconocen facilmente frisos, fragmentos de capiteles, etc.

M. de Caumont que se ha ocupado especialmente del estudio de los muros romanos elevados en torno de las ciudades en los últimos tiempos del poderio romano en las Galias, ha visto puertas en Bourges, en Arles y en otras localidades, que son absolutamente iguales á la de Perigueux y flanqueadas como esta de torres con pilares; era pues un sistema ordinario para las ciudades de cierta importancia, como Perigueux.

El dibujo que figura la puerta monumental recientemente sacada á luz, está hecho por M. Julio de Verneilh, en vista del diseño original que obra en las oficinas de la sociedad de arqueología.

P. P.